



RELATOS CORTOS

TOMO II

ANTON CHEJOV

INDICE:

- 1.- Iónich**
- 2.- Iván Matveích**
- 3.- kashtanka**
- 4.- la boticaria**
- 5.- La tristeza**

Iónich

I

Cuando los recién llegados a la ciudad de provincias S. se quejaban de lo aburrida y monótona que era la vida en ella, los habitantes de esa ciudad, como justificándose decían que, al contrario, en S. se estaba muy bien, que en S. había una biblioteca, un teatro, un club, se celebraban bailes y - añadían finalmente- había algunas familias interesantes, agradables e inteligentes con las que podían relacionarse. Y mencionaban a los Turkin como los más instruidos y de mayores talentos.

Esta familia vivía en casa propia en la calle principal, junto a la del gobernador. El propio Turkin, Iván Petróvich, un hombre moreno,

grueso y guapo, con patillas, organizaba espectáculos de aficionados con fines benéficos en los que interpretaba a viejos generales. Al hacer su papel, tosía de una manera muy cómica. Sabía muchos chistes, charadas, dichos, le gustaba bromear, lanzar frases picantes y siempre tenía una expresión que hacía dudar si hablaba en broma o en serio. Su mujer, Vera Iósifovna, una señora más bien delgada, de aspecto agradable y con lentes, escribía relatos y novelas que leía solícita a sus invitados. La hija, Ekaterina Ivánovna, una muchacha joven, tocaba el piano. En una palabra, cada miembro de la familia tenía algún talento. Los Turkin se alegraban de recibir invitados y se sentían felices de mostrarles sus talentos, cosa que hacían con cordial sencillez. Su casa de piedra era espaciosa y fresca en verano, la mitad de sus ventanas daban a un viejo jardín sombreado, donde en primavera cantaban los ruiseñores. Cuando en la casa había invitados, de la cocina venía el trajinar de los cuchillos y al patio llegaba un olor de cebolla frita; todo ello era siempre la premonición de una cena abundante y suculenta.

El doctor Stártsev, Dmitri Iónich, a poco de habérselo destinado como médico rural e instalarse en Diálizh -a unos diez kilómetros de S.- también oyó hablar de esa familia. Le decían que un hombre culto como él, sin falta debía conocer a los Turkin. Un día de invierno, en la calle, le presentaron a Iván Petróvich; hablaron del tiempo, de teatro, de la epidemia de cólera, y a ello siguió una invitación. En primavera, un día de fiesta -era Ascensión-, después de pasar consulta, Stártsev se dirigió a la ciudad para distraerse un poco y aprovechar para hacer algunas compras. Marchaba a pie, sin prisa -todavía no tenía caballos propiosy canturreaba: Aún no había apurado yo el cáliz de la amargura...

Cuando llegó a la ciudad almorzó, paseó por el parque y luego recordó la invitación de Iván Petróvich. Decidió visitar a los Turkin, ver qué clase de personas eran.

-Muy buenas, por favor -le saludó Iván Petróvich al recibirlo en la entrada-. Me

alegra mucho ver a un invitado tan agradable. Venga, le presentaré a mi querida media naranja. Le estaba diciendo, Vérochka -prosiguió al presentar al doctor a su mujer-, le estaba diciendo que no tiene ningún derecho a estarse metido en su clínica, porque su ocio se lo debe a la sociedad. ¿No es cierto, cariño?

-Siéntese aquí -le decía Vera Iósifovna, señalando un asiento a su lado-. Puede usted hacerme la corte. Mi marido es celoso, es un Otelo, pero haremos lo posible por comportarnos de tal modo que no se dé cuenta de nada.

-Oh, cariño, eres muy juguetona... -la miró dulcemente Iván Petróvich y le besó la frente-. Ha venido usted muy a propósito -se dirigió de nuevo al invitado-, mi querida esposa ha escrito una enorme novela que hoy leerá en público.

Jean, dites que l'on nous donne du thé -dijo Vera Iósifovna a su marido.

Le presentaron a Ekaterina Ivánovna, una muchacha de dieciocho años, muy parecida a su madre, tan delgada y agraciada como ella. Todavía tenía una expresión infantil y un talle fino, delicado. Y el pecho, virginal, ya desarrollado, era de una belleza que hablaba de salud y primavera, de una auténtica primavera. Después tomaron té con mermelada, miel, dulces y unas galletas muy sabrosas que se deshacían en la boca. Con la llegada de la tarde, poco a poco fueron llegando nuevos invitados; Iván Petróvich, cuando con sus ojos risueños se dirigía a cada uno de ellos le decía:

-Muy buenas, ¿cómo está usted?

Luego, todos se sentaron con rostros muy serios y Vera Iósifovna leyó su novela.

Empezaba así: "El frío era cada vez más intenso...: Las ventanas estaban abiertas de par en par y de la cocina llegaba el sonar de los cuchillos y el olor a cebolla frita...

Atardecía. Se estaba muy cómodo en los blandos y profundos sillones, las luces titilaban acariciadoras en el salón. En esos momentos, en ese atardecer veraniego, cuando de la calle llegaban voces y risas y del patio fluía el aroma de las lilas, era difícil imaginarse un frío intenso y cómo el sol

poniente iluminaba con sus rayos fríos la llanura y a un caminante que marchaba solitario por el camino". Vera lósifovna leía una historia en la que una condesa joven y bella construía en su aldea escuelas, hospitales, bibliotecas y se enamoraba de un pintor errante. Leía una historia de las que nunca ocurren y sin embargo era agradable, ameno oírla, la mente se llenaba de pensamientos buenos, apacibles. No daban ganas de reírse.

-No está nada mal... -dijo en voz baja Iván Petróvich.

Y uno de los invitados, llevado lejos, muy lejos, por la historia, pronunció con voz casi inaudible:

-Sí... cierto... no está nada mal...

Pasó una hora y otra. En el vecino parque de la ciudad tocaba una orquesta, cantaba un coro. Cuando Vera lósifovna cerró su libreta, durante cinco minutos quedaron en silencio. Escuchaban El candil -que cantaba el coro- y la canción les decía lo que no se daba en la novela, pero sí sucedía en la vida.

-¿Publica usted sus obras? -preguntó Stártsev a Vera lósifovna.

-No -contestó la señora-, no publico en ninguna parte, lo escribo y lo guardo en un cajón. ¿Para qué publicarlo? -aclaró-. Medios no nos faltan.

Por alguna razón, todos suspiraron.

-Y ahora, querida, tócanos algo -dijo Iván Petróvich a su hija.

Levantaron la tapa del piano de cola, abrieron el libro de notas que ya estaba preparado para el caso. Ekaterina Ivánovna se sentó y con ambas manos golpeó las teclas y seguidamente dio otro golpe con todas sus fuerzas. Los golpes se sucedieron uno tras otro, los hombros y los pechos de la muchacha se estremecían, golpeaba con obstinación siempre en las mismas teclas y parecía que no iba a parar hasta que estas no se hundieran en el piano. El salón se llenó de estruendo; todo rugía: el suelo, el techo, los muebles... Ekaterina Ivánovna tocaba un pasaje difícil, interesante justamente por su dificultad, era extenso y reiterado. Stártsev, al escucharlo, se imaginaba cómo de una alta montaña iban cayendo rocas y más rocas y

deseó que terminaran de caer cuanto antes. Pero al mismo tiempo Ekaterina Ivánovna, sonrosada y en tensión, fuerte, enérgica, con un mechón de pelo cayéndole sobre la frente, le agradaba mucho. Después de un invierno pasado en Diálizh entre enfermos y mujiks, era tan agradable, tan nuevo encontrarse en ese salón, mirar a este ser joven exquisito y lleno de gracia, y escuchar estos sonidos ruidosos, cansinos, pero de todos modos cultos...

-¡Bueno, querida, hoy has interpretado como nunca! -exclamó Iván Petróvich con lágrimas en los ojos cuando su hija acabó de tocar y se levantó-. ¡Apuesto a que mejor imposible!

Todos la rodearon, felicitándola, aseguraban asombrados que hacía tiempo no habían oído cosa igual. Ella escuchaba en silencio, con leve sonrisa y aire triunfal.

-¡Maravilloso! ¡Espléndido!

-¡Maravilloso! -dijo Stártsev, entregándose al regocijo general-. ¿Dónde ha estudiado música? -preguntó a Ekaterina Ivánovna-. ¿En el conservatorio?

-No, ahora tengo intención de ir. He estudiado aquí, con madame Zavlóvskaia.

-¿Ha terminado sus estudios en el liceo de la ciudad?

-¡Oh, no! -respondió por su hija Vera Iósifovna-. Los profesores han venido a casa. Porque estará usted de acuerdo conmigo en que en el liceo o en el instituto podía tener malas compañías; mientras la chica crece, sólo debe hallarse bajo la tutela de su madre.

-Pero iré al conservatorio de todos modos -dijo Ekaterina Ivánovna.

-No, Katia es buena y no hará enfadar ni a papá ni a mamá.

-¡No, iré! ¡Iré sin falta! -exclamó Ekaterina Ivánovna medio en broma haciendo pucheros, y sacudió su pie contra el suelo.

Durante la cena fue Iván Petróvich quien lució su talento. Riéndose sólo con los ojos, contaba chistes, lanzaba frases ingeniosas, proponía divertidos acertijos que él mismo resolvía. Todo el tiempo usaba un lenguaje especial, fruto de largos ejercicios de ingenio. Empleaba expresiones que, al parecer, ya eran habituales en él: "enormísimo", "no está

pero que nada mal", "se lo agradezco deformedemente".

Pero esto no era todo. Cuando los invitados, satisfechos después de la cena se agolpaban en la entrada buscando sus abrigos y bastones, entre ellos se afanaba el lacayo Pavlusha o, como se le llamaba en casa, Pava, un muchacho de catorce años, con el pelo corto y mejillas rellenas.

-¡A ver, Pava, cómo lo haces! -le dijo Iván Petróvich.

Pava se colocó en postura teatral, alzó un brazo y exclamó en tono trágico:

-¡Muere, desdichada!

Y todos se echaron a reír.

"Divertido" -pensó Stártsev al salir a la calle.

Entró en un restaurante, se tomó una cerveza y después se fue caminando hacia su casa en Diálizh. Mientras entonaba:

"Oigo tu voz, cual caricia dolorosa..."

A pesar de los nueve kilómetros recorridos, al acostarse no se sintió nada fatigado.

Al contrario, le parecía que muy bien hubiera podido recorrer veinte kilómetros más.

"No está nada mal" -recordó al dormirse, y sonrió.

II

Stártsev tenía intención de volver a visitar a los Turkin, pero en el hospital había mucho trabajo y no conseguía encontrar tiempo libre. De este modo, ocupado y solitario pasó más de un año; pero un día le llegó una carta en un sobre azul.

Vera Iósifovna hacía tiempo que sufría de dolores de cabeza, y como últimamente su querida hija la amenazaba con marcharse a estudiar al conservatorio, los dolores arreciaron. Visitaron a los Turkin todos los médicos de la ciudad, hasta que por fin le tocó hacerlo al médico rural. Vera Iósifovna le envió una carta muy emotiva en la que le rogaba que viniera a visitarla, para aligerar así sus sufrimientos. Stártsev fue a verla y a partir de entonces visitó a los Turkin muy a menudo... En efecto, en algo había ayudado a Vera Iósifovna, y esta empezó a contarles a todos sus conocidos que se trataba de un doctor asombroso, nunca visto. Pero los dolores de cabeza ya no eran el motivo de la

presencia del doctor en casa de los Turkin...
Sucedió en un día de fiesta. Ekaterina Ivánovna había acabado sus largos y agotadores ejercicios de piano, después de lo cual pasaron largo tiempo en el comedor, tomando té; Iván Petróvich contaba algo divertido. De pronto sonó el timbre; había que ir a la entrada y recibir a algún invitado. Stártsev, aprovechando la confusión del momento, susurró a Ekaterina Ivánovna lleno de zozobra:

-¡Por el amor de Dios, se lo imploro, no me torture, salgamos al jardín!

Ella se encogió de hombros con aire de asombro y de no comprender qué era lo que quería Stártsev, pero se levantó, dirigiéndose hacia el jardín.

-Se pasa usted tres y cuatro horas tocando el piano -decía el médico caminando detrás de ella-, después se queda con su mamá y así no hay manera de hablarle. Dedíqueme al menos un cuarto de hora, se lo ruego.

Se acercaba el otoño y el viejo jardín estaba silencioso, triste; los senderos se cubrían de hojas mustias. Ya empezaba a anochecer temprano.

-No la he visto en toda una semana -prosiguió Stártsev-, ¡Y si usted supiera cuánto sufro por ello! Sentémonos. Quiero que me escuche.

En el jardín, ambos tenían un lugar preferido: el banco bajo el viejo arce. Allí se sentaron.

-¿Qué es lo que quiere de mí? -preguntó Ekaterina Ivánovna en tono seco, casi oficial.

-No la he visto en toda una semana, no la he oído tanto tiempo. Quiero oír su voz, lo deseo con pasión. Dígame algo.

El médico estaba encantado con su frescura, absorto en la expresión inocente de sus ojos. Hasta en el modo como le caía el vestido veía algo inusitadamente hermoso, conmovedor por su sencillez y gracia ingenuas. Y al mismo tiempo, a pesar de esta ingenuidad, la muchacha se veía muy inteligente y desarrollada para sus años. Podía hablar con ella de literatura, de arte, de cualquier cosa, podía quejarse de la vida, de los hombres, aunque a veces sucedía que al tocar un tema serio, la muchacha se echaba a

reír sin motivo alguno o se marchaba corriendo a casa. Como la mayoría de las chicas de la ciudad, leía mucho (pero en S. se leía poco, y en la biblioteca así lo comentaban: si no fuera por las chicas y los jóvenes hebreos, muy bien se podría cerrar la biblioteca); esto era algo que le gustaba infinitamente a Stártsev, por lo que en cada ocasión le preguntaba emocionado sobre lo que había leído en los últimos días y escuchaba encantado sus comentarios (...)
-Pero ¿adónde va? -exclamó horrorizado Stártsev, al ver que ella se levantaba y se dirigía hacia la casa-. Tengo que hablar con usted... ¡Quédese al menos cinco minutos! ¡Se lo suplico!

La muchacha se detuvo como si quisiera decir algo, luego, con gesto torpe puso en la mano de él una nota y echó a correr hacia la casa; al rato, sonó de nuevo el piano.

"Hoy, a las once de la noche -leyó Stártsev- venga al cementerio junto al monumento a Demetti".

"Esto ya es una locura -pensó Stártsev, recobrando la calma-. ¿Al cementerio? ¿Para qué?"

La cosa estaba clara: la chica le había hecho una broma. Porque ¿a quién le cabe en la cabeza concertar una cita por la noche, lejos de la ciudad y en el cementerio, cuando puede uno quedar sencillamente en la calle, en el parque de la ciudad? ¿Y está bien que un médico, una persona inteligente y respetable como él se dedique a lanzar suspiros de amor, recibir notitas, pasearse por los cementerios, en fin, hacer estupideces de las que ahora se ríen hasta los escolares? ¿Hasta dónde puede llevar este romance? ¿Qué dirán sus colegas cuando se enteren? Así pensaba Stártsev, deambulando en el club por entre las mesas. Pero al llegar las diez y media se marchó al cementerio.

Ya tenía su carruaje y su cochero, Panteleimón, con chaquetilla de terciopelo. Brillaba la luna. La noche estaba silenciosa, templada, pero de un tibio otoñal. En las afueras, junto al matadero, aullaban los perros. Stártsev dejó el coche en los límites de la ciudad, en un callejón, y siguió el camino hacia el cementerio a pie. "Cada uno

tiene sus rarezas -pensaba-, Katia también tiene las suyas y, ¿quién sabe?, a lo mejor no es una broma y viene de verdad."

Anduvo casi un kilómetro a campo traviesa.

El cementerio se dibujaba a lo lejos en una franja oscura, como un bosque o un jardín. Apareció el muro de piedra blanca, la entrada... Con la claridad de la luna en las puertas se podía leer: "Y llegará la hora".

Stártsev atravesó la entrada y lo primero que vio fueron las cruces blancas y los monumentos funerarios a ambos lados de un ancho paseo, las sombras negras de aquellos y de los álamos. A su alrededor se extendían hasta perderse a lo lejos, manchas claras y oscuras. Los árboles somnolientos inclinaban sus ramas sobre las superficies blancas.

Parecía que aquí había más luz que en el campo; las hojas de los arces, como huellas de las manos, destacaban sobre la amarilla arena de los paseos y las lápidas. Las inscripciones se leían con claridad. En un primer momento, Stártsev quedó asombrado ante el espectáculo que se le presentaba por primera vez y que, probablemente, nunca más volvería a ver: un mundo que no se parecía a nada, un mundo en el que la luz lunar era suave y agradable, donde en cada oscuro álamo, en cada tumba se percibe la presencia de un misterio que promete una vida calma, maravillosa, eterna. De las lápidas y las flores secas, junto al aroma otoñal de las hojas llegaba un hálito de perdón, tristeza y paz.

Reinaba un mundo de silencio; desde el cielo miraban resignadas las estrellas, y los pasos de Stártsev sonaban rudos y desatinados. Sólo cuando en la iglesia sonaron las horas y él se imaginó muerto, enterrado aquí por los siglos de los siglos, sólo entonces le pareció que alguien lo observaba, pensó por un instante que esto no era paz, ni silencio, sino la muda angustia del no existir...

El monumento a Demetti era una capilla con un ángel en la cúspide. Cierta vez, en S. actuó de paso una compañía italiana de ópera; una de sus cantantes murió, aquí la enterraron y levantaron este monumento funerario. En la ciudad ya nadie se acordaba

de ella, aunque la lamparilla sobre la entrada reflejaba la luz lunar y parecía arder.
... Esperó sentado junto al monumento una media hora, luego se paseó por los caminos colaterales, con el sombrero en la mano. Esperaba y pensaba en las mujeres y muchachas que yacían en estas tumbas. ¡Cuántos seres hermosos, encantadores, que amaron, ardieron con loca pasión en sus noches entregándose a las caricias! ¡Y realmente, qué malas pasadas gasta la madre naturaleza a los hombres, cuánto dolía reconocerlo! Así pensaba Stártsev. Al mismo tiempo, quería ponerse a gritar que él quiere, que él anhela desesperado el amor; ante él aparecían no ya pedazos de mármol, sino cuerpos maravillosos, veía formas que desaparecían vergonzosas entre las sombras de los árboles, percibía su calor y el tormento se hacía insoportable...

Como si bajara el telón, la luna se ocultó tras una nube y de pronto, todo oscureció a su alrededor. Casi no podía encontrar la entrada -todo estaba a oscuras como en las noches de otoño-, luego anduvo cosa de una hora y media buscando el callejón donde había dejado el coche.

-Estoy cansado, casi no me tengo en pie - le dijo a Panteleimón.

Y sentándose con placer en el carruaje pensó: "¡Oh, no hay que engordar!"

III

Al día siguiente por la tarde, se dirigió a casa de los Turkin con el fin de declararse. Pero le resultó incómodo hacerlo, porque Ekaterina Ivánovna estaba con el peluquero. Se estaba arreglando para ir al club, a una fiesta.

De nuevo se quedó largo rato esperando en el comedor, tomando té. Iván Petróvich, al ver que el invitado estaba pensativo y se aburría, sacó de un bolsillo de su chaleco unos papelitos y le leyó una carta divertida de su administrador alemán que le informaba de la marcha de sus propiedades, en un lenguaje pretendidamente culto y estrafalario.

"Seguro que la dote no será pequeña", pensaba Stártsev escuchando distraído. Después de una noche en blanco se

encontraba embotado, como si lo hubieran llenado de un somnífero; tenía el ánimo nebuloso pero alegre, cálido, aunque al mismo tiempo, un fragmento frío y pesado, en su mente repetía y volvía a repetir.

"¡Frénate antes de que sea tarde! ¿Qué pareja es para ti? Es una niña mimada, caprichosa, duerme hasta las dos; en cambio tú eres un hijo de diácono, un médico rural..."
"Bueno ¿y qué? -se contestaba-. ¿Qué más da?"

"Además, si te casas con ella -proseguía la parte fría de su ser-, su familia te obligará a dejar el trabajo en el campo y a vivir en la ciudad".

"Bueno ¿y qué? -pensaba-. Si hay que vivir en la ciudad que así sea. Con la dote nos instalamos como debe ser..."

Por fin entró Ekaterina Ivánovna. Llevaba un traje de gala, escotado; graciosa, pulcra. Stártsev quedó prendado; tal fue su entusiasmo que no pudo pronunciar ni una sola palabra: tenía sus ojos clavados en ella y sonreía.

La muchacha se despidió y él -ya nada lo retenía allí- se levantó diciendo que era hora de irse pues le esperaban los enfermos.

-Qué le vamos a hacer -dijo Iván Petróvich-, vaya usted, de paso acerca a Katia hasta el club.

Afuera caían algunas gotas, estaba muy oscuro, y sólo por la tos ronca de Panteleimón podía adivinarse dónde estaban los caballos. Levantaron la capota del coche. Se pusieron en marcha.

-Ayer estuve en el cementerio -empezó diciendo Stártsev-. Qué cruel y despiadado de su parte...

-¿Estuvo usted en el cementerio?

-Sí, estuve allí y la esperé casi hasta las dos. No sabe usted lo que sufrí...

-Pues sufra usted, si no entiende las bromas.

Ekaterina Ivánovna, satisfecha de la astuta broma que le había gastado a su enamorado y de lo mucho que se la quería, se puso a reír. Pero, de pronto gritó del susto, pues en este mismo instante los caballos hicieron un movimiento brusco hacia las puertas del club y el coche se ladeó. Stártsev abrazó a

Ekaterina Ivánovna por el talle, ella asustada, se apretó contra él, y Stártsev, que no pudo contenerse, la besó con pasión en los labios, en la barbilla y la abrazó con más fuerza.

-Basta -dijo la muchacha en tono cortante.

Y casi de inmediato ya no estaba en el coche. El guardia que se encontraba junto a la entrada iluminada del club gritó con voz repugnante al cochero Panteleimón:

-¿Qué haces ahí pasmado? ¡Sigue para adelante!

Stártsev se dirigió a casa, pero pronto volvió. Vestido con un frac que le habían prestado y una corbata blanca que quería escaparse del cuello, a medianoche se encontraba sentado en el salón del club y decía con pasión a Ekaterina Ivánovna:

-¡Oh, qué poco saben aquellos que nunca han amado! Creo que nadie todavía ha podido descubrir con fidelidad el amor, y difícilmente será posible describir este sentimiento sutil, feliz y atormentado. El que lo ha experimentado aunque sea sólo una vez no podrá expresarlo con palabras. ¿Para qué los prólogos, las explicaciones? ¿Para qué la inútil elocuencia? Mi amor no tiene límites... Le ruego, se lo imploro -logró por fin decir Stártsev-, ¡sea mi esposa!

-Dmitri lónich -dijo después de pensar un momento Ekaterina Ivánovna

en tono serio-, Dmitri lónich, me siento profundamente agradecida por el honor que usted me concede, yo le respeto, pero... -se levantó y prosiguió de pie-, pero, ruego que me disculpe, no puedo ser su mujer.

Hablemos en serio. Dmitri lónich, usted sabe que lo que más quiero en la vida es el arte; amo con locura, adoro la música, y a ella he consagrado mi vida. Quiero ser una artista, quiero alcanzar la gloria, grandes éxitos, la libertad. Y lo que usted pretende es que siga viviendo en esta ciudad, que continúe llevando esta vida vacía e inútil que ya no soporto más. Convertirme en esposa, ¡oh, no, discúlpeme! La persona debe aspirar a algo superior, esplendoroso; en cambio, la vida familiar me encadenaría para el resto de mi vida. Dmitri lónich, es usted un hombre bueno, respetable, inteligente, es usted el mejor... -se le llenaron de lágrimas los ojos-,

comprendo con toda mi alma sus sentimientos, pero entiéndame usted también a mí...

Y para no echarse a llorar, se dio vuelta y salió apresuradamente del salón.

El corazón de Stártsev latía violentamente. Al salir del club a la calle se arrancó el duro corbatín y respiró a pleno pulmón. Estaba avergonzado y se sentía ofendido en su orgullo; no esperaba la negativa y no podía hacerse a la idea de que todos sus sueños, sufrimientos y aspiraciones le hubieran llevado a un final tan estúpido, igual que en una breve obra de aficionados. Y sentía pena de sus sentimientos, de su amor; tanta era la lástima, que tuvo ganas de ponerse a llorar o de dar un paraguazo con todas sus fuerzas en las espaldas de Panteleimón.

Durante tres días las cosas se le caían de las manos, no comía, no dormía. Pero cuando le llegó la noticia de que Ekaterina Ivánovna se había marchado a Moscú para ingresar en el conservatorio, se tranquilizó y su vida volvió a la normalidad.

Tiempo después, cuando a veces se acordaba de cómo se pasó media noche en el cementerio o de cómo se recorrió toda la ciudad en busca de un frac, se estiraba perezoso y se decía:

-¡Cuánta guerra me dio la muchacha!

IV

Pasaron cuatro años. Stártsev tenía ya una gran clientela. Cada mañana hacía rápido sus visitas en Diálizh y luego marchaba a ver sus pacientes de la ciudad. Viajaba ya no en un par de caballos, sino en una troika con cascabeles; volvía a casa tarde por la noche. Estaba más grueso, había echado carnes, andaba lo menos que podía, pues padecía de asma. También Panteleimón estaba más gordo, y cuanto más crecía a lo ancho, con más tristeza suspiraba quejándose de su mala suerte: ¡estaba harto de pasar tanto tiempo en el pescante!

Stártsev visitaba muchas casas y personas, pero no intimaba con nadie. Los habitantes de la ciudad, con sus conversaciones, opiniones sobre la vida y hasta por sus caras lo irritaban. Poco a poco, la experiencia le enseñó que las personas, mientras uno

juegue a las cartas o tome un trago con ellas, parecen gente pacífica, bondadosa y hasta inteligente, pero basta con tocar algún tema que no sea de comida, por ejemplo, de política o de ciencia, para que se metan en disquisiciones inútiles y desplieguen una filosofía tan torpe y malvada que a uno lo único que le queda es o echarse a llorar o irse por donde ha venido. Cuando Stártsev intentaba hablar incluso con personas de talante liberal, por ejemplo, de que, gracias a Dios, la humanidad avanza y que con el tiempo esta prescindirá de los pasaportes y de la pena de muerte, el hombre se le quedaba mirando y preguntaba con desconfianza: "O sea que, entonces, todo el mundo podrá romperle la cabeza a quien le parezca?". Y cuando Stártsev decía en un grupo -durante alguna cena o un té- que hacía falta trabajar, que no se podía vivir sin trabajar, entonces todos se lo tomaban como una alusión personal, se enfadaban y se ponían a discutir agresivos. Por lo demás, la gente no hacía nada, decididamente nada, no se interesaba por nada y por mucho que se esforzara uno, no podía ingeniarse un tema de conversación con ella. Así que Stártsev evitaba conversar, sólo tomaba sus tragos y jugaba a las cartas. Y cuando lo invitaban a alguna fiesta de cumpleaños, el hombre se sentaba a la mesa y comía en silencio, mirando el plato; todo lo que se decía en ese rato no tenía interés alguno, era injusto, estúpido. El se sentía irritado, perdía la calma, pero callaba. Por su hosco silencio y su mirada clavada en el plato, en la ciudad se le empezó a llamar "el polaco enfurruñado", aunque nunca había sido polaco. Se abstenía de diversiones tales como el teatro o los conciertos, pero, en cambio, jugaba a las cartas cada día, unas tres horas, y lo hacía con placer. Tenía otra distracción a la que se acostumbró poco a poco, que era cada tarde sacar de sus bolsillos los papelitos de cuánto había ganado con sus clientes y sucedía que en un día estos papeles metidos en sus bolsillos -de colores amarillo y verde, que olían a perfume, vinagre, incienso o aceite de pescado- alcanzaban los setenta, rublos; y cuando reunía varios cientos los

llevaba a la Sociedad de Crédito y Préstamo y los ingresaba allí en una cuenta corriente.

En los cuatro años que pasaron desde la partida de Ekaterina Ivánovna sólo había estado dos veces en casa de los Turkin y fue por invitación de Vera Iósifovna, quien seguía curándose de los dolores de cabeza.

Ekaterina Ivánovna venía cada verano a descansar con sus padres, pero no la vio ni una sola vez.

Pasaron cuatro años. En una mañana tranquila y tibia, le trajeron una carta. Vera Iósifovna le escribía a Dmitri Iónich, que lo añoraba mucho; le rogaba que viviera sin falta a su casa y aligerara sus penas y que, por cierto, hoy era su cumpleaños. Abajo seguía la frase siguiente: "Yo también me sumo al ruego de mamá. E."

Stártsev se lo pensó y por la tarde se dirigió a casa de los Turkin.

-¡Oh, se le saluda! ¿Cómo está usted? -lo recibió Iván Petróvich sonriendo sólo con los ojos-. Que tenga un bonjour.

Vera Iósifovna, ya muy envejecida, con cabellos blancos, le estrechó la mano a Stártsev, suspiró con afectación y dijo:

-Querido doctor, no quiere usted hacerme la corte, nunca viene a vernos, ya soy vieja para usted. Pero, mire, ha vuelto la joven, a lo mejor ella tiene más suerte.

¿Y Katia? Estaba más delgada, más pálida, más hermosa y esbelta; pero ya era Ekaterina Ivánovna y no Katia; ya no se veía la frescura y la expresión de inocencia infantil de antes. En su mirada, en sus gestos había algo nuevo, cierto aire culpable, como si en casa de los Turkin ya no se sintiera en la suya propia.

-¡Cuántos siglos sin verlo! -exclamó al tender la mano hacia Stártsev, se notaba que su corazón latía emocionado. Mirando fijamente y con curiosidad su rostro, prosiguió:- ¡Cómo ha engordado! Está más moreno, parece más hombre, pero en general ha cambiado poco.

También entonces le gustaba la muchacha, le gustaba mucho, aunque le faltaba algo, o le sobraba, no sabría decirlo, pero había algo que le impedía sentirse como antes. No le agradaba su palidez, la nueva expresión de

su rostro, la débil sonrisa, la voz y, algo más tarde, no le gustó el vestido, el sillón en el que ella se sentaba; le disgustaba algo del pasado, de cuando estuvo a punto de casarse con ella. Recordó su amor, las ilusiones y esperanzas que lo dominaron hacía cuatro años y se sintió molesto.

Tomaron té con un pastel dulce. Luego Vera lósifovna leyó en voz alta una novela, narró algo que nunca ocurría en la vida. Stártsev escuchaba y miraba su cabeza canosa y bella, esperando que acabara.

"El inepto no es quien no sabe escribir novelas, sino el que las escribe y no sabe disimularlo" -pensaba Stártsev.

-No está mal, pero nada mal... -comentó Iván Petróvich.

Después, Ekaterina Ivánovna tocó el piano, durante un buen rato y en forma ruidosa. Cuando acabó, los invitados la felicitaron por su ejecución.

"Hice bien en no casarme con ella" -pensó con alivio Stártsev.

Ella lo miraba y, al parecer, esperaba que él la invitara a salir al jardín, pero Stártsev permanecía en silencio.

-Charlemos un rato -dijo ella acercándose a él-. Cuénteme algo de su vida. ¿Cómo va todo? ¿Bien? Todos estos días he pensado en usted -prosiguió nerviosa-. Quería enviarle una carta, quería ir yo misma a Diálizh. Había decidido ir, aunque luego cambié de idea. Dios sabe qué pensará usted de mí ahora. ¡Le esperaba hoy con tanta emoción! Se lo ruego, por favor, salgamos al jardín.

Salieron al jardín y se sentaron en el banco bajo el viejo arce, como cuatro años atrás. Estaba oscuro.

-¿Qué tal le va? -preguntó de pronto Ekaterina Ivánovna.

-Pues así, aquí estamos, vamos tirando -contestó Stártsev.

No se le ocurrió nada más. Callaron.

-Estoy muy emocionada -Mijo Ekaterina Ivánovna, y se tapó el rostro con las manos-, pero usted no haga caso. Estoy tan bien en casa y tan contenta de verlos a todos que no puedo hacerme a la idea. ¡Cuántos recuerdos! Me parecía que íbamos a hablar sin parar hasta la madrugada.

Ahora veía de cerca su cara, sus ojos brillantes, aquí en la oscuridad parecía más joven que en la habitación y hasta daba la impresión de haber recobrado su expresión infantil de antes. En efecto, miraba con ingenua curiosidad el rostro del hombre, como si quisiera ver más de cerca y comprender al hombre que en otro tiempo la había amado con tanto ardor, tanta ternura y tan poca suerte. Sus ojos le agradecían aquel amor. Y él recordó todo lo sucedido, los más pequeños detalles, cómo anduvo por el cementerio, cómo después, al amanecer, regresó a casa, agotado; y de pronto sintió tristeza y lástima del pasado. En el alma se encendió una pequeña llama.

-¿Se acuerda usted cuando la acompañé a la velada en el club? -dijo él-. Entonces llovía, estaba oscuro...

El fuego crecía en su alma, y ya tenía ganas de hablar, de quejarse de la vida...

-¡Hum! -exclamó en un suspiro-. Me pregunta usted por mi vida. ¿Cómo vivimos aquí? Pues de ninguna manera. Envejecemos, engordamos, vamos cayendo... Día tras día, noche tras noche, la vida pasa monótona, sin impresiones, sin ideas... Durante el día a ganarse el pan, por la tarde al club, una sociedad de jugadores de cartas, alcohólicos y groseros a los que no puedo aguantar. ¿Qué hay de bueno en eso?

-Pero tiene usted el trabajo, un fin honrado en la vida. Antes le gustaba tanto hablar de su hospital. Yo entonces era una chica rara, me imaginaba una gran pianista. Ahora todas las señoritas tocan el piano; y yo también tocaba, como todas, no había en mí nada de particular; soy tan pianista, como mi madre escritora. Y claro está, entonces yo no lo comprendía, pero en Moscú a menudo pensé en usted. Sólo pensaba en usted. ¡Qué felicidad ser médico rural, ayudar a los que sufren, servir al pueblo! ¡Qué felicidad! -volvió a decir Ekaterina Ivánovna con entusiasmo-. Cuando pensaba en usted en Moscú me lo imaginaba tan ideal, tan elevado...

Stártsev se acordó de los papelitos que por las tardes sacaba de los bolsillos con gran placer, y el fuego que ardía en su pecho se

apagó.

Se levantó para marcharse a su casa. Ella lo sujetó del brazo y prosiguió:

-Usted es el mejor de los hombres que he conocido en mi vida. Nos veremos, charlaremos, ¿no es cierto? Prométamelo. Yo no soy una pianista, en lo que a mí respecta no me engañe y en su presencia no tocaré ni hablaré de música.

Cuando entraron en la casa, Stártsev vio a la luz su rostro y sus ojos tristes, agradecidos e inquisitivos dirigidos hacia él, se sintió intranquilo y pensó de nuevo: "Qué bien que no me casé con ella".

Comenzó a despedirse.

-No tiene usted ningún derecho de marcharse sin cenar -le decía Iván Petróvich al acompañarlo-. ¡A ver, tu representación! -dijo dirigiéndose en el recibidor a Pava.

Pava, que ya no era un chiquillo sino un joven con bigote, se estiró, alzó un brazo y exclamó con voz trágica:

-¡Muere, desdichada!"

Estas cosas irritaban a Stártsev. Al sentarse en el coche y mirar hacia la oscura casa y el jardín que en un tiempo le resultaron tan agradables y queridos, se acordó de todo junto: las novelas de Vera Lósifovna, las ruidosas interpretaciones de Katia, las frases supuestamente ingeniosas de Iván Petróvich, la pose trágica de Pava, y pensó que si la gente más inteligente de toda la ciudad era tan mediocre, cómo tendría que ser el resto.

Al cabo de tres días, Pava le llevó una carta de Ekaterina Ivánovna.

"No viene usted a vernos. ¿Por qué? -escribía-. Me temo que haya cambiado de actitud hacia nosotros y me asusta tan sólo la idea de pensarlo. Deshaga mis temores, venga a vernos y diga que todo sigue bien. Necesito hablar con usted. Su E.I."

Leyó la nota, pensó un momento y dijo a Pava:

-Dile, querido Pava, que hoy no puedo ir, estoy muy ocupado. Di que iré dentro de unos tres días.

Pero transcurrieron tres días, luego una semana y seguía sin ir. En cierta ocasión, al pasar en coche junto a la casa de los Turkin, se acordó de que tenía que visitarlos aunque

fuera sólo por un minuto, mas lo pensó... y no entró.

Y nunca más visitó a los Turkin.

V

Han pasado varios años más. Stártsev ha engordado más aún, está hecho una bola de grasa, respira con fuerza y al andar echa ya la cabeza atrás. Cuando con su aspecto rechoncho y rojo marcha en su troika con cascabeles y Panteleimón, también rechoncho y rojo, con un cuello carnosos, sentado en el pescante lanza las manos hacia adelante, como si fueran de madera y grita a los que vienen a su encuentro: "¡A la dereeecha!", el cuadro resulta imponente; parece que el que va allí no es un hombre sino algún dios mitológico. En la ciudad tiene una gran clientela, no le queda tiempo ni para respirar, y ya posee una hacienda y dos casas en la ciudad. Le tiene puesto el ojo a una tercera más rentable. Y cuando en la Sociedad de Crédito y Préstamo le hablan de alguna casa en venta, va a visitarla y sin ninguna clase de ceremonias, pasando por todas las habitaciones sin prestar atención a las mujeres desvestidas y los niños que lo miran con asombro y miedo, señala con un bastón en todas las puertas y suele decir:

-¿Esto es el despacho? ¿El dormitorio? ¿Y aquí qué hay?

Tiene una respiración forzada y se seca el sudor de la frente.

A pesar de su mucho trabajo no deja el cargo de médico rural: la avaricia es más fuerte que él, quiere poder con todo. En Diálizh y en la ciudad, lo llaman simplemente lónich. "¿Adónde irá lónich?" o "¿Por qué no consultamos a lónich?"

Seguramente por tener la garganta aprisionada por la grasa, se le ha cambiado la voz, la tiene ahora fina y aguda. También le ha cambiado el carácter... es más pesado e irritable. Al recibir a los enfermos, por lo común se enfada, golpea impaciente con el bastón contra el suelo y grita con su voz desagradable:

-¡Limítese sólo a contestar a las preguntas!

¡Silencio!

Está solo. Su vida es aburrida, nada ni nadie le llega a interesar.

En todos esos años vividos en Diálizh, el amor por Katia ha sido su única alegría y seguramente la última. Por las tardes juega a las cartas en el club, después se sienta sólo a una gran mesa y cena. Le sirve Iván, el sirviente más viejo y respetado, y ya todos - los encargados del club, el cocinero y el sirviente- saben lo que le gusta y lo que no y se esfuerzan por satisfacer todos sus menores deseos. Porque no vaya a ser que se enfade y empiece a dar bastonazos contra el suelo.

Mientras cena, en ocasiones se da la vuelta e interviene en alguna conversación.

-¿De qué hablan? ¿Eh? ¿De quién?

Y cuando por casualidad en alguna mesa vecina se toca el tema de los Turkin, siempre pregunta:

-¿De qué Turkin hablan ustedes? ¿Esa gente que tiene una hija que toca el piano?

Esto es todo lo que se puede decir de él.

¿Y de los Turkin? Iván Petróvich no ha envejecido, no ha cambiado nada y como siempre dice frases ingeniosas y cuenta chistes; Vera Iósifovna lee sus novelas a los invitados con la misma solicitud y cordial sencillez. Katia toca el piano sus cuatro horas. Ha envejecido sensiblemente, tiene algún achaque y cada otoño se marcha con su madre a Crimea. Al despedirlas en la estación, Iván Petróvich, cuando el tren se pone en marcha, se seca las lágrimas y grita:

-¡Hasta la vista, por favor! Y agita un pañuelo.

FIN

Ivan Matveích

Son las cinco. Un renombrado sabio ruso (le diremos sencillamente sabio) está frente a su escritorio y se muerde las uñas.

-¡Esto es indignante! -dice a cada momento, consultando su reloj-. ¡Es una falta de respeto para con el tiempo y el trabajo ajenos!... ¡En Inglaterra, un sujeto semejante no ganaría ni un centavo y moriría de hambre!... ¡Ya verás la que te espera cuando vengas!

En su necesidad de descargar sobre alguien su enojo e impaciencia, el sabio se

acerca a la habitación de su mujer y golpea en la puerta con los nudillos.

-¡Escucha, Katia! -dice indignado-. Cuando veas a Piotr Dnilich, comunícale que las personas decentes no actúan de esa manera. ¡Es un asco!... ¡Me recomienda a un escribiente, y no sabe lo que me recomienda!... ¡Ese jovencito, con toda puntualidad, se retrasa todos los días dos o tres horas!... ¿Qué manera de portarse un escribiente es esa?... ¡Para mí, esas dos o tres horas son más preciosas que para cualquier otro dos o tres años!... ¡Cuando llegue pienso tratarlo como a un perro!... ¡No le pagaré y lo echaré de aquí! ¡Con semejantes personas no pueden gastarse ceremonias!

-Eso lo dices todos los días, pero él sigue viniendo y viniendo...

-¡Pues hoy lo he decidido! ¡Ya he perdido bastante por su culpa!... ¡Tendrás que perdonarme, pero pienso reñirle como se reñe a un cochero!...

He aquí que suena un timbre. El sabio pone cara seria, yergue su figura y, alzando la cabeza, se encamina al vestíbulo. En este, junto al perchero, se encuentra ya su escribiente. Iván Matveich, joven de unos dieciocho años, rostro ovalado, imberbe, cubierto con un abrigo raído y sin chanclos. Tiene el aliento entrecortado y, mientras se limpia con gran esmero los grandes y torpes zapatos en el felpudo, se esfuerza en ocultar a la doncella el agujero en uno de ellos, por el que asoma una media blanca. Al ver al sabio sonrío con esa larga, prolongada y un tanto bobalicona sonrisa con que solamente sonrían los niños o las personas muy ingenuas.

-¡Ah... buenas tardes! -dice, ofreciendo una mano grande y mojada-. Qué... ¿se le pasó lo de la garganta?

-¡Iván Matveich! -dice el sabio con voz temblorosa, retrocediendo, y enlazando los dedos-. ¡Iván Matveich! -luego, dando un salto hacia el escribiente le agarra por un hombro y comienza a sacudirle débilmente-. ¿Qué es lo que está usted haciendo conmigo... -prosigue con desesperación-, terrible y mala persona?... ¿Qué está usted haciendo? ¿Reírse?... ¿Se mofa usted, acaso de mí?... ¿Sí?...

El semblante ovalado de Iván Matveich (que, a juzgar por la sonrisa que todavía no ha acabado de deslizarse de su rostro, esperaba un recibimiento completamente distinto) se alarga aún más al ver al sabio respirando indignación y, lleno de asombro, abre la boca.

-¿Qué?... ¿Qué dice?... -pregunta.

-¡Con que además pregunta usted que qué digo! -exclama alzando las manos-

¡Sabiedo como sabe usted lo precioso que me es el tiempo me viene con dos horas de retraso! ¡No tiene usted temor de Dios!

-Es que no vengo ahora de casa -balbucea Iván Matveich, desanudándose indeciso la bufanda-. Era el santo de mi tía, y fui a verla... Vive a unas seis verstas de aquí... ¡Si hubiera ido directamente desde mi casa... sería distinto!

-¡Reflexione usted, Iván Matveich!...

¿Existe lógica en su proceder?... ¡Aquí hay trabajo, asuntos urgentes..., y usted se va a felicitar a sus tías por sus santos!... ¡Oh!...

¡Desátese más de prisa esa absurda bufanda!... ¡En fin, que todo esto es intolerable! Y el sabio se acerca de otro salto al escribiente y le ayuda a destrabar la bufanda.

-¡Es usted peor que una baba!... ¡Bueno!

¡Venga ya! ¡Más rápido, por favor!

Sonándose con un arrugado y sucio pañuelo y estirándose el saco gris, Iván Matveich, tras atravesar la sala y el salón, penetra en el despacho. En este hace tiempo que le ha sido preparado sitio, papel y hasta cigarrillos.

-¡Siéntese! ¡Siéntese! -le mete prisa el sabio, frotándose las manos impacientemente. ¡Hombre insoportable! ¡Sabe usted lo apremiante que es el trabajo y se retrasa de esta manera! ¡Sin querer, tiene uno que regañar! Bueno, ¡escriba!... ¿Dónde quedamos?

Iván Matveich se atusa los cabellos, duros como crines, desigualmente cortados, y toma la lapicera. El sabio, paseándose de un lado a otro y reconcentrándose, comienza a dictar: "Es el hecho (coma) que algunas de las que podríamos llamar formas fundamentales... (¿Ha escrito usted formas?...) sólo se condicionan según el sentido de aquellos

principios (coma) que en sí mismos encuentran su expresión y sólo en ellos pueden encarnarse. (Aparte. Ahí punto, como es natural).

Las más independientes son..., son aquellas formas que presentan un carácter no tanto político (coma) como social."

-Ahora los colegiales llevan otro uniforme.

El de ahora es gris -{dice Iván Matveich-.

Cuando yo estudiaba era diferente.

-¡Ah!... ¡Escriba, por favor! -se enoja el sabio-. ¿Ha escrito usted social?... "En cuanto no se refiere a regularización, sino a perfeccionamiento de las funciones de estado (coma), no puede decirse que estas se distinguen sólo por las características de sus formas... ¡Eso!... Sí..." Las tres últimas palabras van entrecomilladas... ¿Qué me decía usted antes del colegio?

-Que en mis tiempos llevábamos otro uniforme.

-¡Ah... sí! Y usted... ¿hace mucho que ha dejado el colegio?

-Sí, se lo decía ayer. Hace tres años que no estudio... Lo dejé en cuarto año.

-¿Y por qué dejó usted el colegio? -

pregunta el sabio, echando una mirada sobre lo escrito por Iván Matveich.

-Pues porque sí... Por cuestiones absolutamente particulares.

-¡Otra vez tengo que volvérselo a decir: Iván Matveich!... ¿Cuándo dejará usted de alargar tanto los renglones?... ¡No debe haber más de cuarenta letras en cada renglón!

-¿Cree usted, acaso, que lo hago a propósito?

-se ofende Iván Matveich-. ¡Otros, en cambio, llevan menos de cuarenta!

¡Cuéntelas! ¡Si le parece que lo hago adrede, puede quitármelo de la paga!

-¡Ah!... ¡No se trata de eso!... ¡Qué poca delicadeza tiene usted! ¡Enseguida se pone a hablar de dinero!... ¡El esmero es lo que importa, Iván Matveich!... ¡Lo que importa es el esmero!... ¡Tiene usted que acostumbrarse al esmero!

La doncella entra en el despacho, trayendo una bandeja que contiene dos vasos de té y una cestita con tostadas secas... Iván Matveich toma torpemente su vaso con ambas manos y empieza de inmediato a

bebérselo. El té está demasiado caliente y, para no quemarse los labios, Iván Matveich lo bebe a sorbitos. Se come primero una tostada; luego otra; después una tercera, y, turbado y mirando de reojo al sabio, tiende la mano hacia la cuarta. Sus ruidosos sorbos, su glotona manera de mascar y la expresión de codicia hambrienta de sus cejas alzadas irritan al sabio.

-¡Dese prisa! ¡El tiempo es precioso!

-Siga dictándome. Puedo beber y escribir al mismo tiempo... Le confieso que tenía hambre.

-¿Vendrá usted a pie seguramente?

-Sí... ¡Y qué mal tiempo hace!... Por este tiempo, en mi tierra, huele ya a primavera... En todas partes hay charcos de la nieve que se derrite...

-¿Es usted del Sur?

-Soy de la región del Don... En el mes de marzo ya es enteramente primavera. Aquí, en cambio, no hay más que hielo y nieve; todo el mundo va con un abrigo... Allí, hierbita fresca... Como por todas partes está seco, hasta se pueden agarrar tarántulas.

-¿Y por qué agarrar tarántulas?

-¡Porque sí!... ¡Por hacer algo! -dice suspirando Iván Matveich-. Es divertido agarrarlas. Se pone en una hebra de hilo un pedacito de resina, se mete en el nido y se la golpea en el caparazón. La muy maldita, entonces, se enoja y toma la resina con las patitas; pero se queda pegada... ¡Qué no habremos hecho con ellas! A veces llenábamos una palangana hasta arriba y soltábamos dentro una bijorka.

-¿Qué es una bijorka?

-¡Una araña que se llama así!... Pertenece a una especie parecida a la de las tarántulas. ¡Ella sola, peleando, puede con muchas tarántulas!

-¿Sí?... Pero, bueno... tenemos que escribir... ¿Dónde nos detuvimos? El sabio dicta otros cuarenta renglones, luego se sienta y se sumerge en la meditación.

Desde su asiento, Iván espera lo que van a decirle, estira el cuello y se esfuerza en poner orden en el cuello de su camisa. La corbata no cae mal, pero como se le ha soltado el

pasador, el cuello se le abre a cada momento.

-¡Sí!... dice el sabio- ¡Así es!... qué ¿todavía no ha encontrado usted un trabajo, Iván Matveich?

-No... ¿Dónde va uno a encontrarlo?... ¿Sabe... yo?... Pienso sentar plaza en un regimiento... Mi padre me aconseja que me haga dependiente de botica.

-Sí... Pero ¿no sería mejor que ingresara usted en la Universidad?... El examen es difícil, pero con paciencia y un trabajo perseverante se puede llegar a aprobar. ¡Estudie usted!... ¡Lea usted más! ¡Lea mucho!

-La verdad es que... tengo que confesar que leo poco -dice Iván Matveich, encendiendo un cigarrillo.

-¿Ha leído a Turgueniev?

-No.

-¿Y a Gogol?

-¿A Gogol?... ¡Hum!... ¿A Gogol?... No; no lo he leído.

-¡Iván Matveich! ¿No le da vergüenza?... ¡Ay, ay, ay, ay!... ¡Cómo un muchacho tan bueno!... ¡Con tanta originalidad como hay en usted, y que resulte que ni siquiera ha leído a Gogol!... ¡Tiene que leerlo! ¡Yo se lo daré! ¡Léalo sin falta! ¡Si no lo lee, peharemos! De nuevo se produce un silencio. Medio tumbado en un cómodo diván, medita el sabio, mientras Iván Matveich, dejando al fin tranquilo su cuello, pone toda su atención en sus zapatos. No se había dado cuenta de que bajo sus pies, a causa de la nieve derretida, se habían formado dos grandes charcos. Se siente avergonzado.

-¡Me parece Iván Matveich, que también es usted aficionado a cazar jilgueros!

-¡Eso en otoño!... ¡Aquí no cazo, pero allí, en mi casa, solía cazar!

-¿Sí?... Bien... Pero, bueno, de todos modos, tenemos que escribir.

El sabio se levanta decidido y empieza a dictar, pero después de escritos los diez primeros renglones, se vuelve a sentar en el diván.

-No... Tendremos que dejarlo ya hasta mañana por la mañana -dice-. Venga usted mañana por la mañana. Pero ¡eso sí!...

temprano! Sobre las nueve... ¡Dios lo libre de retrasarse!

Iván Matveich deja la pluma, se levanta de la mesa y va a sentarse en otra silla. Cuando han pasado unos cinco minutos en silencio, empieza a sentir que ya le ha llegado la hora de marcharse, que ya está allí de más...; pero ¡el despacho del sabio es tan agradable..., tan luminoso y templado!... ¡El efecto de las tostadas secas y del té dulce está todavía tan reciente..., que su corazón se estremece sólo al pensar en su casa!... En su casa hay pobreza, hambre, frío, un padre gruñón... ¡Echan en cara lo que dan..., mientras que aquí hay tanta tranquilidad!... ¡Y hasta quien se interesa por las tarántulas y los jilgueros!...

El sabio consulta la hora y toma el libro.

-¿Me dará usted a Gogol, entonces? -

pregunta, levantándose, Iván Matveich.

-Sí, sí...; se lo daré. Pero ¿por qué tiene usted tanta prisa, amigo mío? ¡Quédese! ¡Cuénteme algo!

Iván Matveich se sienta y sonrío con franqueza. Casi todas las tardes se la pasa sentado en este despacho, percibiendo cada vez en la voz y en la mirada del sabio algo verdaderamente afable, conmovido..., algo que le parece suyo. Hasta hay veces, segundos, en los que le parece que el sabio está ligado a él; se ha habituado tanto a su persona, que si le riñe por sus retrasos es sólo porque se aburre sin su charla, sin sus tarántulas y sin todo aquello relacionado con el modo de cazar jilgueros en la región del Don.

FIN

«KASHTANKA»

I

MALA CONDUCTA

Un perro joven y canelo -un chucho de raza indefinida-, de morro muy parecido al de una raposa, corría adelante y atrás por la acera y miraba inquieto a los lados. De tarde en tarde se detenía y, con lastimero aullido, levantaba ya una, ya otra de sus heladas patas, tratando de comprender cómo había podido perderse.

Recordaba muy bien lo que había hecho durante el día y cómo, a la postre, había ido a parar a aquella desconocida acera.

Por la mañana, su amo, el ebanista Luká Alexándrich, se había puesto el gorro, había tomado bajo el brazo cierta pieza de madera envuelta en un trapo rojo y había gritado: - ¡Vamos, Kashtanka!

Al oír su nombre, el chucho de raza indefinida había salido de debajo del banco de carpintero, donde de ordinario dormía entre las virutas, se había estirado agradablemente y había seguido a su amo. Los clientes de Luká Alexándrich vivían muy lejos, así que antes de llegar hasta cada uno de ellos el ebanista debía hacer algunas paradas en las tabernas para reponer sus fuerzas.

Kashtanka recordaba que por el camino su conducta había sido muy inconveniente. La alegría de que le hubiesen sacado a pasear le hacía dar brincos, ladrar al tranvía de caballos, meterse por los patios y perseguir a todos los perros que se encontraba. A cada instante el ebanista lo perdía de vista, lo llamaba y le reñía enfadado. En una ocasión, con expresión de cólera pintada en el semblante, había llegado a agarrarle de su oreja de raposa, dándole unos tirones, y había dicho, alargando las palabras: -¡O-ja-lá re-vien-tes, canalla!

Después de despachar con los clientes, Luká Alexándrich se acercó un momento a casa de su hermana, donde bebió una copa y tomó un bocado,

De allí se dirigió a visitar a un encuadernador conocido, del encuadernador a la taberna, de la taberna a ver un compadre, etc. En unas palabras, cuando Kashtanka se vio en aquella acera extraña, ya anocheecía y el ebanista estaba borracho como una cuba.

Agitaba los brazos y, suspirando profundamente, balbuceaba:

- Todos hemos nacido en el pecado. ¡Oh, pecadores, pecadores! Ahora vamos por la calle y miramos las farolas, pero cuando nos llegue la muerte nos consumiremos en el fuego del infierno...

O bien le daba por un tono bonachón,

llamaba a Kashtanka y le decía:

- Tú,

Kashtanka, no eres más que un insecto. Si se te compara con el hombre, eres como un mal carpintero frente a un buen ebanista...

Estaba hablando así con él cuando resonaron los acordes de una banda militar.

Kashtanka, volvió la cabeza y vio que por la calle, hacia él, venía un regimiento. No podía soportar la música, que le descomponía los nervios, y empezó a aullar, yendo y viniendo. Con gran asombro suyo, el ebanista, en vez de asustarse, de chillar y ladrar, sonrió ampliamente y, poniéndose en posición de firmes, se llevó la mano a la visera. Viendo que su amo no protestaba, Kashtanka aulló con más fuerza y, sin comprender lo que hacía, cruzó la calzada hasta la acera opuesta.

Al darse cuenta de las cosas, la música ya no se oía y el regimiento había desaparecido, corrió al lugar donde había dejado a su amo, pero, ¡ay!, el ebanista ya no estaba allí, parecía que se le hubiera tragado la tierra...

Kashtanka olisqueó la acera con la esperanza de encontrar al amo por el olor de sus huellas, pero un miserable acababa de pasar con sus chanclos nuevos y todos los olores delicados se confundían con aquella peste de la goma, hasta tal punto, que era imposible distinguir nada.

Kashtanka corrió adelante y atrás sin encontrar a su dueño. A todo esto había oscurecido. A ambos lados de la calle encendieron las farolas, las ventanas de las casas se fueron iluminando. Caían unos copos grandes y esponjosos, cubriendo de blanco la calzada, los lomos de los caballos y los gorros de los cocheros, y cuanto más oscuro era el aire, más claros se hacían los objetos. junto a Kashtanka, cubriendo su campo visual y empujándole con sus pies y piernas, no cesaban de ir y venir clientes desconocidos. (Kashtanka dividía a toda la humanidad en dos partes muy desiguales: amos y clientes, con la diferencia esencial, entre unos y otros, de que los primeros podían pegarle y a los segundos él mismo estaba autorizado para morderles las pantorrillas.) Los clientes tenían prisa y no le prestaban atención

alguna.

Cuando se hizo completamente de noche, Kashtanka se vio dominado por la desesperación y el miedo. Se arrimó a un portal y empezó a llorar amargamente. Las andanzas de todo el día con Luká Alexándrich le habían fatigado, sentía frío en las orejas y las patas y, para colmo de males, estaba hambriento. Desde por la mañana sólo había tenido ocasión de llevarse algo al estómago dos veces: un poco de cola en casa del encuadernador y una tripa de salchichón que había encontrado junto al mostrador de una de las tabernas. Y eso era todo. Si hubiese sido persona, a buen seguro habría pensado: «No, esta vida es imposible. ¡Hay que pegarse un tiro!»

II

EL MISTERIOSO DESCONOCIDO

Pero no pensaba en nada y se limitaba a llorar.

Cuando la nieve suave y esponjosa hubo cubierto su lomo y su cabeza, y, exhausto, se había sumido en una pesada modorra, la puerta en que se hallaba apoyado hizo un ruido, chirrió y le golpeó en un costado. Dio un salto. Por la puerta salió un hombre que pertenecía a la categoría de los clientes. Como Kashtanka había lanzado un chillido, enredándosele entre las piernas, aquel hombre no pudo por menos que advertir su presencia. Se inclinó y preguntó: -¿De dónde vienes, perrito? ¿Te he hecho daño? Bueno, no te enfades, no te enfades... Perdóname.

Kashtanka miró al desconocido a través de los copos que colgaban de sus pestañas y vio ante sí a un hombrecillo bajo y regordete, de cara redonda y afeitada, con sombrero de copa y el abrigo desabrochado. -¿De qué te quejas? -prosiguió él, mientras con un dedo le quitaba la nieve del lomo-. ¿Dónde está tu amo? Te has perdido, ¿verdad? ¡Pobre perrito! ¿Qué vamos a hacer ahora? Percibiendo en la voz del desconocido un matiz cordial y cariñoso, Kashtanka le lamió la mano y aulló más lastimeramente todavía. -¡Resulta muy divertido! -dijo el hombre- ¡Eres totalmente un zorro! En fin, no hay otro remedio: vente conmigo. Tal vez sirvas para

algo... ¡Ea, vamos!

Chasqueó la lengua e hizo a Kashtanka una señal que únicamente podía significar una cosa: «Ven.» Y Kashtanka le siguió. Media hora más tarde estaba ya sentado sobre sus cuartos traseros en el suelo de una habitación espaciosa y bien iluminada, con la cabeza inclinada a un costado y contemplando con ternura y curiosidad al desconocido, que daba buena cuenta de su cena. A la vez que comía le echaba algún trozo... En un principio le dio pan y una corteza verde de queso, luego un pedazo de carne, medio pastelillo y unos huesos de pollo; el perro, hambriento, lo devoraba todo con tal rapidez, que ni siquiera llegaba a advertir el sabor de lo que engullía. Cuanto más comía, mayor era su hambre. -¡Parece que no te alimentan muy bien tus amos! -dijo el desconocido, viendo con qué ansia feroz tragaba sin masticar-. ¡Y qué flaco estás! No tienes más que piel y huesos...

Kashtanka comió mucho, aunque sin llegar a hartarse; sentíase como borracho. Después de la cena se tumbó en el suelo, estiró las patas y meneó el rabo, sintiendo en todo su cuerpo una agradable languidez. Mientras su nuevo amo, retrepado en el sillón, fumaba un cigarro, él meneaba el rabo y trataba de dilucidar un problema: ¿Dónde se estaba mejor, con el desconocido o con el ebanista? La vivienda del desconocido era pobre y fea; quitando los sillones, el diván, el quinqué y las alfombras, no había nada, y la habitación parecía vacía. En casa del ebanista, en cambio, todo se encontraba repleto de cosas; estaban la mesa, el banco de carpintero, montones de virutas, cepillos, garlopas, sierras, la jaula del jilguero, el barreño... La habitación del desconocido no olía a nada, mientras que en la casa del ebanista siempre había un espléndido olor a cola, barniz y virutas. Pero la vivienda del desconocido ofrecía una gran ventaja. Le daban abundante comida y, había que hacerle justicia, cuando Kashtanka estaba ante la mesa y le miraba enternecido, no le golpeó ni una sola vez, no pataleó ni llegó a gritar siquiera: «¡Vete de ahí, maldito!» Terminado su cigarro, el nuevo amo salió

por unos instantes para volver con una pequeña colchoneta en las manos. -¡Eh, perro, acércate! -dijo, poniendo la colchoneta en un rincón, al pie del diván -. Echate aquí, duérmete.

Luego apagó el quinqué y se marchó. Kashtanka se tendió en la colchoneta y cerró los ojos; de la calle llegó un ladrido que sintió deseos de contestar, pero de pronto, cuando menos lo esperaba, le invadió una oleada de tristeza. Recordó a Luká Alexándrich, a su hijo Fiédiushka, el confortable rincón de debajo del banco... Recordó las largas tardes de invierno, cuando el ebanista cepillaba sus maderas o leía en voz alta el periódico y Fiédiushka solía jugar con él... Le agarraba las patas traseras, lo sacaba de debajo del banco y hacía con él tales diabluras, que se le nublaba la vista y llegaba a sentir dolor en todas las articulaciones. Le hacía andar a dos patas, lo convertía en campana, es decir, le tiraba fuertemente del rabo hasta que el animal empezaba a chillar y a ladrar, le daba a oler tabaco... Resultaba verdaderamente horrorosa una de las travesuras de Fiédiushka: ataba a una cuerda un trozo de carne, se lo daba a Kashtanka y, cuando éste lo había tragado, entre grandes risas, se lo sacaba del estómago. Y cuanto más vivos eran los recuerdos, tanto más fuertes y lastimeros eran los aullidos de Kashtanka. Pero la fatiga y el calorillo no tardaron en vencer la tristeza... Quedóse amodorrado. Creyó ver perros que pasaban corriendo; entre otros, vio el lulú con el cual se había encontrado aquel día en la calle, muy lanudo, con una catarata en un ojo y un mechón que le caía junto a la nariz. Fiédiushka, con una barra de hierro en la mano, perseguía al lulú; luego se cubrió de pronto de lanas, ladró alegremente y se fue a reunir con Kashtanka. Uno y otro se olisquearon las narices y corrieron a la calle...

III

UNA NUEVA AMISTAD, QUE RESULTAMUY AGRADABLE

Cuando Kashtanka se despertó había ya luz y desde la calle llegaban ruidos que únicamente se oyen de día. En la habitación

no había ni un alma.

Kashtanka se estiró, bostezó y, enfadado y sombrío, dio unas vueltas por la pieza.

Olisqueó los rincones y los muebles, se asomó a la entrada y no encontró nada interesante. Además de la puerta que daba al recibidor, había otra. Después de pensarlo, Kashtanka arañó con ambas patas, la abrió y entró en el cuarto siguiente. Allí, en una cama y cubierto con su manta, dormía un cliente que él identificó con el desconocido de la víspera.

- Rrrr... -gruñó, pero, recordando el festín de la víspera, meneó el rabo y se dedicó a olisquear.

Pasó revista a la ropa y a las botas del desconocido y encontró que olían intensamente a caballo.

En el dormitorio había una nueva puerta, que también estaba cerrada.

Kashtanka arañó en ella, empujó con el pecho, la abrió e instantáneamente advirtió un olor extraño, muy sospechoso. Previendo un desagradable encuentro, sin cesar de gruñir y mirando a un lado y a otro, penetró en un pequeño cuarto, cuyas paredes estaban cubiertas por un papel muy sucio, y se hizo atrás, dominado por el miedo.

Había visto algo inesperado y espantoso.

Con el cuello y la cabeza casi pegados al suelo, las alas desplegadas y palpando, avanzaba sobre él un ganso de plumaje gris.

A un lado, sobre una colchoneta, había un gato blanco; al ver a Kashtanka se puso en pie de un salto, encorvó el espinazo y, con la cola tiesa y el pelo erizado, emitió un bufido.

El perro se asustó de veras, pero, para disimular el miedo que le dominaba, lanzó un sonoro ladrido y se arrojó sobre el gato. Este encorvó todavía más el espinazo, repitió el bufido y dio a Kashtanka un zarpazo en la cabeza.

El perro se hizo atrás de un salto, agachóse, alargó hacia el gato el hocico y ladró con voz lastimera; en este tiempo el ganso se le acercó por detrás y le dio un tremendo picotazo en el lomo.

Kashtanka se arrojó de un salto sobre el gato... -¿Qué pasa ahí? - se oyó una voz sonora y enfadada, y en el cuarto entró el

desconocido de batín y con un cigarro entre los dientes- ¿Qué significa esto? ¡Cada uno a su sitio!

Se acercó al gato, le dio unas palmadas en el encorvado lomo y dijo: -¿Qué significa esto, Fiódor Timoféich? ¿Os peleabais? ¡Ah, viejo canalla! ¡Échate!

Y, volviéndose hacia el ganso, gritó: -¡ Iván Ivánich, a tu sitio!

El gato se acostó dócilmente en su colchoneta y cerró los ojos. A juzgar por la expresión de su cara y sus bigotes, él mismo estaba descontento de haberse acalorado y de enzarzarse en la riña.

Kashtanka refunfuñó ofendido y el ganso estiró el cuello y empezó a hablar rápidamente, con pasión y vocalizando muy bien, pero sin que se le entendiese nada.

- Bueno, bueno - dijo el amo, bostezando Hay que vivir en paz y buena amistad.

Hizo una caricia a Kashtanka y prosiguió:

- Y tú, canelo, no tengas miedo... son buena gente, no te harán nada malo. Pero, espera, ¿cómo te vamos a llamar? Porque no puedes estar sin nombre, amigo.

El desconocido lo pensó y dijo:

- Verás... Te vas a llamar Tío... ¿Comprendes? ¡ Tío!

Y, después de repetir varias veces la palabra«Tío», salió del cuarto. Kashtanka se sentó y se dedicó a observar. El gato permanecía inmóvil en la colchoneta, haciendo como que dormía. El ganso, con el cuello estirado, se removía en su sitio sin cesar de hablar, con el calor y la rapidez de antes, en su lenguaje. Parecía un ganso muy inteligente; después de cada parrafada se hacía atrás con un gesto de asombro, como admirado de su propio discurso...

Kashtanka lo estuvo escuchando un rato, contestó con un «rrrr...» y se dedicó a oler los rincones. En uno de ellos había un pequeño comedero en el que vio guisantes reblandecidos y unas cortezas de pan de centeno mojado en agua. Probó los guisantes, pero no le agradaron; probó las cortezas y le parecieron buenas. El ganso no se enfadó lo más mínimo al ver que un perro desconocido se comía sus alimentos; al contrario, se puso a hablar con más calor

todavía, y para demostrar su confianza, se acercó él mismo al comedero y engulló unos cuantos guisantes.

IV

MARAVILLAS Y PORTENTOS

Poco después volvió el desconocido trayendo un extraño objeto en forma de trapecio. Del travesaño de aquel tosco trapecio de madera colgaba una campana y en él había sujeta una pistola. Del badajo de la campana y del gatillo de la pistola pendían unas cuerdas. El desconocido colocó el trapecio en el centro del cuarto, pasó bastante tiempo desatando y atando, y luego miró al ganso y dijo:

- Tenga la bondad,

Iván Ivánich.

El ganso se acercó a él y quedó a la expectativa. -¡Ea! - siguió el desconocido -, empezaremos por el principio. Ante todo, saluda y haz la reverencia. ¡Vivo!

Iván Ivánich alargó el cuello, lo inclinó a derecha y a izquierda y golpeó el suelo con la pata.

- Muy bien... ¡Ahora muérete!

El ganso se tendió sobre su espalda con las patas en alto. Después de realizar algunos números por el estilo, nada difíciles, el desconocido se llevó las manos a la cabeza, puso una cara de espanto y gritó-¡Socorro! ¡Que se quema la casa! ¡Que ardemos!

Iván Ivánich corrió hacia el trapecio, tomó la cuerda con el pico e hizo sonar la campana.

El desconocido quedó muy satisfecho, pasó la mano por el cuello del ganso y dijo:

- Muy bien,

Iván Ivánich, Ahora eres un joyero que vende oro y brillantes. Llegas a la tienda y te encuentras con unos ladrones. ¿Qué harías en tal caso?

El ganso agarró con el pico la otra cuerda y dio un tirón, con lo que se produjo un ensordecedor disparo. A Kashtanka le había agradado mucho el repicar de la campana, pero el disparo le entusiasmó tanto, que empezó a ladrar y a dar vueltas alrededor del trapecio. -¡A tu sitio, Tío! -gritó el desconocido-. ¡Silencio!

El trabajo de Iván Ivánich no había

terminado ahí. Durante toda una hora el desconocido le hizo correr alrededor de él, mientras hacía restallar el látigo; el ganso debía saltar barreras y atravesar aros, encabritarse, es decir, sentarse sobre la cola y mover las patas.

Kashtanka, sin apartar los ojos de Iván Ivánich, chillaba de entusiasmo, y en varias ocasiones lo siguió corriendo, con un sonoro ladrado. Cuando el hombre y el ganso se hubieron cansado, el desconocido se limpió el sudor de la frente y gritó: -¡María, trae a Javronía Ivánovna!

Al cabo de un minuto se oía un gruñido... Kashtanka dio un respingo, adoptó un aire muy bravo y, por si acaso, se arrimó al desconocido. Se abrió la puerta, se asomó una vieja y, después de decir unas palabras, dejó pasar a un cerdo muy feo. Sin prestar atención alguna a las protestas de Kashtanka, el cerdo levantó el hocico y gruñó alegremente. Parecía muy contento de ver a su amo, al gato y a Iván Ivánich. Se acercó al minino, le empujó ligeramente con el hocico por debajo de la tripa y luego se puso a hablar con el ganso; en sus movimientos, en su voz y en el temblor del rabo se advertía una gran dosis de bondad.

Kashtanka comprendió al instante que no merecía la pena gruñir y ladrar a tales sujetos.

El amo retiró el trapecio y gritó: -¡Fiódor Timoféich, venga aquí!

El gato se levantó, se estiró perezosamente y con desgana, como quien hace un favor, se acercó al cerdo. -¡Ea!, empezaremos por la pirámide egipcia - dijo el amo. Se entretuvo largo rato en dar explicaciones y luego ordenó: «Uno... dos... ¡tres!»

Iván Ivánich, al oír la palabra «tres», batió las alas y saltó al lomo del cerdo... Cuando con ayuda de las alas y del cuello logró afirmarse sobre el áspero lomo, Fiódor Tímoféich, indolente y perezoso, con franco desprecio y como si todo su arte le importase un bledo, subió al lomo del cerdo y luego, con desgana, saltó sobre el ganso y se colocó en posición vertical sobre las patas traseras. Resultó lo que el desconocido denominaba pirámide egipcia.

Kashtanka aulló de entusiasmo, pero en este tiempo el viejo gato bostezó y, perdido el equilibrio, se cayó del ganso.

Iván Ivánich se tambaleó y también se vino abajo. El desconocido gritó, agitando mucho los brazos, y repitió las explicaciones.

Después de una hora de ejercicios perfeccionando la pirámide, el infatigable amo se dedicó a enseñar a Iván Ivánich a cabalgar sobre el gato, hizo fumar a éste, etc.

Terminada la lección, el desconocido se limpió el sudor de la frente y salió del cuarto.

Fiódor Timoféich soltó un desdeñoso bufido, se tumbó en la colchoneta y cerró los ojos.

Iván Ivánich se dirigió al comedero y el cerdo fue retirado por la vieja.

Las muchas novedades de la jornada hicieron que el tiempo transcurriera para Kashtanka insensiblemente; al hacerse la noche fue llevado con su colchoneta al cuarto del sucio empapelado y allí durmió en compañía de Fiódor Timoféich y del ganso.

V

¡TALENTO! ¡TALENTO!

Transcurrió un mes.

Kashtanka se había habituado a las sabrosas comidas diarias y a que le llamasen Tío. Se habituó también al desconocido y a sus nuevos compañeros de vivienda. La vida se deslizaba como sobre ruedas.

Los días empezaban siempre lo mismo. De ordinario, el primero en despertarse era Iván Ivánich, que inmediatamente se acercaba al Tío o al gato, estiraba el cuello y comenzaba a hablar con calor, como el que trata de convencer de algo, aunque sus frases seguían siendo tan incomprensibles como antes. En ocasiones levantaba la cabeza y pronunciaba largos monólogos. En un principio Kashtanka pensó que el ganso hablaba mucho porque era muy inteligente, pero no tardó en perderle todo el respeto; cuando se le acercaba con sus interminables discursos, no movía ya el rabo, sino que trataba de sacudírselo como se hace con un charlatán importuno que no deja dormir a nadie, y sin la menor ceremonia le respondía: «Rrrr...»

Fiódor Timoféich era un señor de otro linaje; al despertarse, no emitía ruido alguno,

no se movía y ni siquiera abría los ojos. De buena gana no se habría despertado, porque, según todos los síntomas, no tenía apego a la vida. Nada le interesaba, todo lo miraba con indiferencia y desdén, lo despreciaba todo e incluso, a la hora de la comida, hacía ascos a los sabrosos manjares.

Kashtanka, al despertarse, empezaba a recorrer las habitaciones, oliendo en cada rincón. Sólo el gato y él tenían permiso para andar por todo el piso; el ganso no debía traspasar el umbral del cuarto del empapelado sucio, y Javronia Ivánovna vivía fuera, en un cobertizo del patio, y sólo aparecía a la hora de la lección. El amo se despertaba tarde, tomaba el té e inmediatamente se entregaba a sus ejercicios con los animales. Cada día aparecían en la habitación el trapecio, el látigo y los aros, y cada día se repetía lo mismo casi sin variación alguna. La lección duraba de tres a cuatro horas, de modo que a veces Fiódor Timoféich llegaba a tambalearse como un borracho, Iván Ivánich abría el pico, respirando fatigosamente, y el amo, rojo como un tomate, no cesaba de limpiarse el sudor de la frente.

Las lecciones y la comida hacían los días muy interesantes, pero al llegar la noche venía el aburrimiento. El amo solía salir llevando consigo al ganso y al gato. El Tío se quedaba solo, se acostaba en su colchoneta y se entregaba a sus tristes pensamientos... La tristeza le invadía sin que él mismo se diese cuenta, haciéndose cada vez más intensa, lo mismo que la oscuridad de la habitación. Los primeros síntomas eran que el perro perdía por completo los deseos de ladrar, de comer, de recorrer las habitaciones y hasta de mirar a nada; luego en su imaginación aparecían dos figuras. confusas, que no sabría decir si eran perros o personas, de fisonomía agradable y simpática, aunque no acababa de identificarlas. Cuando se le presentaban, el Tío meneaba el rabo; le parecía haber visto y querido a aquellos seres en otro lugar... Y al dormirse, siempre sentía que de esas figuras emanaba un olor a cola, a virutas y a barniz. Cierta vez, antes de comenzar la lección, cuando ya se había hecho por completo a la

nueva vida y de un chucho flaco que era se había convertido en un perro gordo y bien criado, el amo le acarició y le dijo:

- Ya es hora,

Tío, de que hagamos algo práctico.

Se acabó el holgazanear. Quiero hacer de ti un artista... ¿Quieres ser artista?

Y empezó a enseñarle diversas habilidades.

En la primera lección aprendió a mantenerse de pie y a marchar sobre las patas traseras, cosa que fue muy de su agrado. En la segunda hubo de saltar, siempre sobre las patas traseras, hasta alcanzar un terrón de azúcar que el maestro mantenía en alto sobre su cabeza. Luego vino bailar, correr sujeto a la cuerda, describiendo círculos, aullar a los sonos de la música, tocar la campana y disparar; al cabo de un mes ya podía reemplazar perfectamente a Fiódor Timoféich en la «pirámide egipcia». Era muy aplicado y se sentía satisfecho de sus éxitos; correr con la lengua fuera, saltar por arco y cabalgar sobre el viejo Fiódor Timoféich le proporcionaba el mayor de los placeres. Cada ejercicio bien hecho lo acompañaba de sonoros y entusiásticos ladridos; el maestro, pasmado, se entusiasmaba también y se frotaba las manos.

- Eres un talento, un talento decía-. ¡Un talento indudable! Seguro que tendrás éxito.

VI

UNA NOCHE INTRANQUILA

El Tío soñó que le perseguía un portero con su escoba y se despertó sobresaltado.

La habitación estaba silenciosa y oscura, el calor era sofocante. Las pulgas le picaban. El Tío no había sentido nunca miedo a la oscuridad, pero ahora le invadía el terror y le entraron ganas de ladrar. En la pieza vecina el amo suspiro profundamente; luego, al cabo de un rato, el cerdo gruñó en su cobertizo, y todo quedó de nuevo en silencio. Cuando uno piensa en la comida el alma parece aliviada, y el Tío empezó a pensar que aquel día había robado a Fiódor Timoféich una pata de pollo, que dejó escondida en la sala, entre el armario y la pared, en un lugar donde abundaban las telarañas y el polvo. Le habría agradado acercarse ahora y mirar si la pata seguía en su sitio. Era muy posible que

el amo la hubiese encontrado y se la hubiera comido. Pero hasta la mañana no se podía salir de la habitación: tal era la norma establecida. El Tío cerró los ojos para dormirse pronto, pues por experiencia sabía que cuanto antes se duerme uno más de prisa viene la mañana. Pero en esto, no lejos de él resonó un grito terrible, que le hizo estremecerse y ponerse de pie. Era Iván Ivánich, y su grito no era el de un charlatán que quiere convencer, como hacía a diario, sino algo salvaje y estridente, antinatural, parecido al chirrido de una puerta al abrirse. Sin ver nada en las tinieblas que le rodeaban, sin comprender lo que ocurría, el Tío sintió más miedo aún y gruñó:

- Rrrr..

Transcurrió algún tiempo, el que se necesitaría para roer un buen hueso; el grito no se repitió. El Tío se fue tranquilizando y se durmió de nuevo. Soñó con dos grandes perros negros; de los flancos y de las patas traseras les colgaban sucios mechones de pelo; comían ávidamente desperdicios en un barreño, del que se desprendía un vapor blanco y un olor muy apetitoso. En ocasiones miraban al Tío, enseñaban los colmillos y gruñían: «A ti no te daremos nada.» Pero de la casa salió un hombre vestido con un largo capotón y los echó con un látigo. Entonces, el Tío se acercó al barreño y se puso a comer, pero en cuanto el hombre se hubo retirado, los perros negros de antes se arrojaron sobre él, y en este momento resonó otro penetrante grito. -¡Cua! ¡Cua-cua-cua!- gritaba Iván Ivánich.

El Tío se despertó, se puso en pie de un salto y, sin salir de la colchoneta, emitió un largo aullido.

Imaginábase que el autor del grito no era Iván Ivánich, sino un desconocido. En el cobertizo volvió a gruñir el cerdo.

Se oyó el arrastrar de unas zapatillas y en el cuartito entró el amo envuelto en su batín y con una vela en la mano. Los destellos de la luz saltaron por el sucio papel de las paredes y por el techo, expulsando la oscuridad. El Tío vio que en la habitación no había nadie extraño.

Iván Ivánich no dormía. Estaba tendido en

el suelo, con las alas caídas y el pico entreabierto, como si se sintiese muy fatigado y quisiera beber. Tampoco dormía el viejo Fiódor Timoféich, despertado, sin duda, por el grito. -¿Qué te ocurre, Iván Ivánich? - preguntó el amo al ganso-. ¿Por qué gritas? ¿Estás enfermo?

El ganso guardó silencio. El amo le pasó la mano por el cuello y el espinazo y dijo: - Eres un impertinente: ni duermes ni dejas dormir.

El amo salió, llevándose la luz, y de nuevo quedó todo sumido en las tinieblas. El Tío sintió miedo.

El ganso no gritaba, pero de nuevo creyó que en la oscuridad había alguien extraño. Y lo peor de todo era que a ese alguien no se le podía morder, porque era invisible y carecía de forma. Pensó que esta noche había de ocurrir forzosamente algo muy malo .

Fiódor Timoféich se mostraba también inquieto. El Tío oía cómo se removía en su colchoneta, bostezaba y sacudía la cabeza.

En la calle llamaron a una puerta y en el cobertizo gruñó el cerdo. El Tío aulló, extendió las patas delanteras y colocó la cabeza entre ellas. En los golpes dados a la puerta, en el gruñido del cerdo - desvelado también -, en la oscuridad y en el silencio, advertía algo que le producía angustia y miedo, lo mismo que el grito de Iván Ivánich. Todo le causaba alarma e inquietud, pero ¿por qué? ¿Quién era ese ser extraño que no se dejaba ver? junto al Tío, por un instante, brillaron dos turbias lucecitas verdes.

Por primera vez desde que se conocían Fiódor TimoK A S H T A N K A féich se acercaba a él. ¿Qué querría? El Tío le lamió una pata y, sin preguntare la causa de su venida, aulló suavemente y en distintos tonos. -¡Cua! -gritó Iván Ivánich -. ¡Cua-a-a! La puerta se abrió de nuevo y entró el amo con la vela. El ganso seguía lo mismo que antes, con el pico abierto y las alas caídas. Sus ojos estaban cerrados.

Iván Ivánich -le llamó el amo.

El ganso no se movió. El amo se sentó ante él en el suelo, lo miró un rato en silencio y dijo: -¿Qué es eso, Iván Ivánich? ¿Te vas a morir? ¡Ah, ahora lo recuerdo! - exclamó,

llevándose las manos a la cabeza Ya sé lo que te ocurre! ¡Es el pisotón que hoy te dio el caballo! ¡Dios mío, Dios mío!

El Tío no alcanzaba a comprender lo que decía el dueño, pero por su cara vio que éste esperaba algo terrible. Alargó el morro hacia la oscura ventana por la que, creyó él, miraba un desconocido y aulló. -¡Se muere, Tío! - dijo el amo, y juntó ambas manos-. Sí, sí, se muere. La muerte ha venido a visitarnos. ¿Qué podríamos hacer?

Pálido e inquieto, suspirando y meneando la cabeza, el amo volvió a su dormitorio. El Tío sintió miedo de quedarse en la oscuridad y lo siguió. El se sentó en la cama y repitió varias veces:

- Dios mío, ¿qué se podría hacer?

El Tío iba y venía junto a sus pies, sin comprender las razones de su angustia e inquietud; en sus deseos de alcanzar la causa de todo esto, no se perdía ni uno solo de sus movimientos.

Fiódor Timoféich, que raras veces abandonaba su colchoneta, salió también al dormitorio del amo y comenzó a frotarse en las piernas de éste. Sacudió la cabeza, como si quisiera desprenderse de graves pensamientos, y miró sospechosamente debajo de la cama.

El amo tomó un platillo, lo llenó de agua en el grifo y volvió al cuarto del ganso.

- Bebe,

Iván Ivánich - dijo cariñosamente, poniendo ante él el platillo-. Bebe, querido. Pero Iván Ivánich no se movió ni abrió los ojos.

El dueño le acercó la cabeza al platillo y le metió el pico en el agua, pero el ganso no quiso beber, dejó caer aún más las alas y su cabeza quedó inmóvil en el platillo. - ¡No, ya es imposible hacer nada! - suspiró el amo Se acabó todo. ¡Adiós, Iván Ivánich!

Y por sus mejillas se deslizaron unas gotitas brillantes, parecidas a las que bajan por las ventanas cuando llueve. Sin comprender nada de esto, el Tío y Fiódor Timoféich se apretaron contra él y miraron horrorizados al ganso. -¡Pobre Iván Ivánich! - decía el amo, suspirando tristemente- Y yo que pensaba llevarte esta primavera al

campo, a que corrieses por la hierba verde...

¡Te has muerto, mi bueno y querido
compañero de fatigas! ¿Cómo me las voy a
arreglar sin ti?

Al Tío le pareció que también a él le iba a
suceder algo parecido, es decir, que, sin
saber por qué, iba a cerrar los ojos, a estirar
las patas y a abrir la boca, y que todos le
mirarían horrorizados. Esas mismas ideas
debían de rondar por la cabeza de Fiódor
Timoféich. jamás se había mostrado el viejo
gato tan triste y taciturno como ahora.

Comenzaba a amanecer y en la habitación
no se encontraba ya aquel ser extraño e
invisible que había asustado al Tío. Cuando se
hizo de día, vino el portero, agarró al ganso
por las patas y se lo llevó quién sabe a
dónde. Poco después se presentaba la vieja y
retiraba el comedero.

El Tío se acercó a la sala y miró detrás del
armario: el amo no se había comido la pata
de pollo, que seguía en el mismo sitio, entre
el polvo y las telarañas. Pero se sentía
dominado por el tedio y la tristeA N T O N P.
C H E J O V za; quería llorar. Ni siquiera olió
la pata. Se sentó al pie del diván y empezó a
aullar con una delgada vocecita.

- Au-au-au...

VII

UN DEBUT DESAFORTUNADO

Era una hermosa tarde cuando el amo
entró en el cuartito del papel sucio y,
frotándose las manos, dijo:

- Bueno...

Quería añadir algo más, pero salió sin
terminar la frase. El Tío, que durante las
lecciones había estudiado muy bien su cara y
la entonación de su voz, adivinó que estaba
preocupado e inquieto, y acaso enfadado.

Poco después volvió y dijo:

Tío, hoy te voy a llevar con Fiódor
Timoféich. En la «pirámide egipcia»
sustituirás al difundo Iván Ivánich. ¡El diablo
sabe qué saldrá de todo esto! No hay nada
preparado, no lo habéis aprendido, no
hemos tenido tiempo de ensayar.

¡Fracasaremos, fracasaremos!

Volvió a salir y al cabo de un momento
regresaba enfundado en su abrigo de piel y
con sombrero de copa. Acercóse al gato, lo

cogió de las patas delanteras, lo levantó y lo ocultó en su pecho, dentro del abrigo; Fiódor Timoféich se mostró indiferente a todo esto, sin molestarse siquiera en abrir los ojos.

Veíase que no le importaba nada; que le era lo mismo estar acostado o ser levantado de las patas, descansar en la colchoneta o reposar en el pecho del amo, dentro del abrigo...

- Vamos,

Tío -dijo el amo.

El Tío le siguió sin comprender nada y meneando el rabo. Al cabo de un minuto se encontraba en un trinco, a los pies del amo, y oía cómo éste, estremeciéndose a causa del frío y la inquietud, gruñía: -¡Vamos a fracasar! ¡Va a ser un fracaso!

El trineo se detuvo ante un edificio grande y de extraña forma, parecido a una sopera puesta del revés. La larga entrada de esta casa, con tres puertas de cristales, estaba iluminada por una docena de faroles de viva luz. Las puertas se abrían con estrépito y, cual si fuesen fauces, se tragaban a la gente situada delante de ellas. Abundaban las personas, a veces se acercaban caballos, pero, en cuanto a perros, no se veía ninguno.

El amo agarró al Tío y se lo metió en el pecho, dentro del abrigo, donde ya se encontraba Fiódor Timoféich. Allí no había luz, faltaba aire, pero el calorcillo era muy agradable. Por un instante brillaron dos turbias chispas verdes: era el gato, que había abierto los ojos al sentir el contacto de las frías y duras patas del vecino. El Tío le lamió la oreja y, deseoso de acomodarse lo mejor posible, se removió inquieto, haciéndose sitio, recogiendo las frías patas, y, sin querer, sacó la cabeza al exterior; pero inmediatamente la volvió a meter, con un gruñido de enfado.

Creyó verse en una habitación enorme, mal iluminada y llena de monstruos; por detrás de vallas y rejas, que se extendían a ambos lados, asomaban unas cabezas terribles: de caballo, con cuernos, de largas orejas; una de ellas, gorda y grandísima, tenía cola en vez de nariz, con dos largos huesos bien roídos que le salían de la boca.

El gato maulló con voz sorda, molesto por

las patas del Tío, mas en esto el abrigo se abrió, el dueño dijo «¡Hop!» y Fiódor Timoféich y el Tío saltaron al suelo. Se encontraban ya en una pequeña pieza con paredes grises de tabla; los únicos muebles eran una mesita con un espejo y un taburete. Descontando esto y los trapos colgados de los rincones, allí no había nada más; en vez de quinqué o de vela ardía una viva lucecita en forma de abanico, pegada a cierto tubo que salía de la pared.

Fiódor Timoféich se alisó el pelo, revuelto por el Tío, y se echó debajo del taburete. El dueño, siempre inquieto y sin cesar de frotarse las manos, comenzó a desnudarse... Se desnudó como de ordinario lo hacía en casa para acostarse, es decir, se quitó todo menos la ropa interior; luego se sentó en el taburete y, mirando al espejo, empezó a realizar sobre su persona operaciones maravillosas. Lo primero de todo se colocó en la cabeza una peluca con raya en medio y dos mechones parecidos a cuernos; seguidamente se embadurnó la cara con algo blanco y por encima de lo blanco se pintó las cejas, los bigotes y las mejillas.

Pero no terminó ahí la cosa, sino que después de embadurnarse la cara y el cuello se vistió con un traje como el Tío no había visto nunca ni en las casas ni en la calle. Imaginaos unos pantalones anchísimos de satén floreado, por el estilo del que se emplea en las casas de la clase media para cortinas y fundas de muebles, unos pantalones que le llegaban hasta las mismas axilas, una pernera era de color castaño y la otra amarillo claro. Una vez sumergido en estos pantalones, el amo se puso cierta chaquetilla de cuello grande y con picos y una estrella de oro en la espalda, medias de distintos colores y zapatos verdes...

Al Tío se le iban y venían los ojos con tal variedad de colores. Aquella figura pesadota olía a amo, su voz era también la de él, pero había momentos en que el Tío se sentía atormentado por la duda, dispuesto a huir de aquel pintarrajeado hombre y a ladrar. El nuevo sitio, la luz en forma de abanico, los olores, la metamorfosis experimentada por el amo: todo ello le sumía en un estado de

miedo indefinido. Tenía el presentimiento de que iba a tropezarse con algo horroroso, al estilo de la enorme cabeza con cola en lugar de nariz. Y para colmo de males, fuera tocaba la odiosa música y en ocasiones se oía un rugido incomprensible. Lo único que le tranquilizaba era la serenidad imperturbable de Fiódor Timoféich. Este dormía como si tal cosa debajo del taburete y ni siquiera llegaba a abrir los ojos cuando el taburete se movía. Un hombre de frac y chaleco blanco asomó la cabeza por la puerta del cuartito y dijo:
- Ahora empieza miss Arabela. Luego le tocará a usted.

El amo no respondió nada. Sacó de debajo de la mesa una maleta de reducidas proporciones y se sentó a esperar. Los labios y las manos delataban su inquietud; el Tío oía cómo temblaba su respiración.

- Monsieur George, a escena -gritó alguien al otro lado de la puerta.

El amo se levantó, se persignó tres veces, sacó al gato de debajo del taburete y lo metió en la maleta.

- Ven aquí,

Tío -dijo en voz baja.

El Tío, sin comprender nada, se acercó a sus manos; él le dio un beso en la cabeza y lo colocó junto a Fiódor Timoféich. Luego todo se hizo oscuro...

El Tío pisaba al gato, arañaba las paredes de la maleta y, presa de terror, era incapaz de emitir el menor sonido; temblaba mientras la maleta oscilaba como arrastrada por las olas... -¡Aquí estoy yo! -gritó con voz sonora el amo-. ¡Aquí estoy yo!

El Tío sintió que después de este grito la maleta chocaba con algo duro y dejaba de balancearse. Se oyó un rugido fuerte y largo: golpeaban a alguien, y ese alguien, probablemente la cabeza de la cola en vez de nariz, rugía y reía tan estrepitosamente, que vibraban los cierres de la maleta. En respuesta al rugido se oyó la risa del amo, una risa estridente y chillona como jamás la había escuchado en casa. -¡Hola! -gritó, tratando de hacerse oír por encima del rugido-. Respetable público, acabo de llegar de la estación. Se ha muerto mi abuela y me ha dejado heredero. En la maleta hay algo

muy pesado; debe de ser oro... ¡A-ah! ¡Puede que haya un millón!

Voy a abrirla y veremos...

Sonó el cierre de la maleta. Una luz cegadora le hizo cerrar los ojos al Tío. Saltó fuera y, ensordecido por el rugido, corrió cuanto pudo alrededor de su amo, ladrando alegremente. - ¡Hola! -gritó el amo- ¡Mi Tío Fiódor Timoféich! ¡Mi otro Tío! ¡Que el diablo os lleve, queridos parientes!

Cayó con el vientre sobre la arena, agarró al gato y al Tío y los abrazó una vez y otra. El Tío, mientras él le apretaba entre sus brazos, pudo lanzar una ojeada al mundo a que le había llevado el destino y, asombrado de verse en un lugar tan grandioso, quedó por un momento inmóvil, dominado por el asombro y el entusiasmo. Luego se evadió de los abrazos del amo y, aturdido por tanta emoción, comenzó a dar vueltas como un lobezno. Ese mundo nuevo era grande y resplandeciente; a donde quiera que mirase, desde el suelo al techo, todo eran caras, caras y caras, y nada más.

Tío, tenga la bondad de sentarse - dijo el amo.

Recordando lo que esto significaba, el Tío saltó a una silla y se sentó. Miró al amo. Los ojos de éste, como siempre, eran serios y cariñosos, pero la cara, en particular la boca y los dientes, se hallaban desfigurados por una sonrisa ancha y petrificada. El reía a carcajadas, saltaba, movía los hombros y en presencia de aquellos miles de persona hacía ver como si se sintiera muy alegre. El Tío creyó en esa alegría y de pronto sintió con todo su ser que aquellos miles de hombres y mujeres tenían los ojos puestos en él; levantó su hocico de raposa y aulló alegremente.

- Usted,

Tío, quédese ahí -le dijo el amo-, mientras Fiódor Timoféich y yo bailamos la kamarinka. Fiódor Timoféich, en espera de que le obligasen a hacer estupideces, permanecía indiferente, mirando a los lados. Bailó con desgana, de mal humor, y por sus movimientos, por su cola y sus bigotes percibíase el profundo desprecio que le inspiraban la gente, la viva luz, el amo, él

mismo... Bailó cuanto le correspondía,
bostezó y se sentó.

- Venga,

Tío - dijo el amo -. Primero cantaremos y
luego bailaremos. ¿Qué le parece?

Sacó del bolsillo una flauta y empezó a
tocar. El Tío, que no podía soportar la
música, se removió inquieto en la silla y aulló
una vez y otra. Esto produjo una tempestad
de gritos y aplausos. El amo saludó y cuando
todo se hubo acallado volvió a tocar... Estaba
ejecutando una nota muy alta cuando alguien
que se encontraba en las últimas filas del
público lanzó una sonora exclamación de
asombro. -¡Padre! -gritó una voz infantil-
¡Pero si es Kashtanka! -¡Sí que es Kashtanka!
-confirmó otra voz, ésta de borracho- ¡
Kashtanka! Fiédiushka, que Dios me castigue
si no es Kashtanka.

Alguien silbó en las alturas y dos voces,
una de niño y otra de adulto, llamaron a
pleno pulmón: -¡ Kashtanka! ¡ Kashtanka!
El Tío se estremeció y miró al lugar de
donde procedían los gritos. Dos caras, una
peluda, alcohólica y sonriente, la otra
redonda de rojas mejillas y asustada, se le
metieron por los ojos antes se le había
metido la viva luz... Recordó, cayó de la silla y
empezó a aullar en la arena. Luego pegó un
brinco y con alegres chillidos corrió hacia
aquellas caras. Estalló un ensordecedor
rugido, del que sobresalían los silbidos y un
estridente grito infantil: -¡ Kashtanka! ¡
Kashtanka!

El Tío saltó la barrera. Luego, por encima
de los hombros de alguien, fue a parar a un
palco. Para subir al piso siguiente era
necesario saltar una alta pared. El Tío trató
de hacerlo, pero no pudo y cayó abajo. Luego
fue pasando de unos a otros, lamiendo
manos y caras, cada vez más arriba, hasta
que, por fin, se vio en el gallinero...

Media hora más tarde Kashtanka iba ya por
la calle detrás de personas que olían a cola y
barniz.

Luká Alexándrich se tambaleaba e
instintivamente, aleccionado por la
experiencia, procuraba mantenerse lejos de
las zanjas.

- En el abismo de mis entrañas anida el

pecado... -balbuceaba- Y a ti, Kashtanka, no hay quien te entienda. Comparado con el hombre, eres como un mal carpintero frente a un buen ebanista.

A su lado caminaba Fiédiushka, tocado con la gorra del padre.

Kashtanka miraba las espaldas de ambos, le parecía que hacía ya mucho que iba detrás de ellos y se alegraba de que su vida no se hubiese interrumpido ni por un instante. Recordaba el cuartito del empapelado sucio, el ganso y Fiódor Tímoféich, las sabrosas comidas, las lecciones, el circo... pero todo eso no era ahora para él sino una pesadilla larga y confusa.

FIN

LA BOTICARIA

La pequeña ciudad de B., que componen dos o tres torcidas calles, duerme con sueño profundo. En el aire, inmóvil, reina el silencio. Sólo se oye a lo lejos, ya en las afueras, el débil y ronco ladrido de un perro. Pronto amanecerá.

Hace mucho que todo está sumido en el sueño.

La única que no duerme es la joven esposa de Chernomórdik, el boticario. Se ha acostado tres veces, pero, sin saber la causa, no consigue dormirse.

Está sentada ante la ventana abierta, en camisón, y mira la calle. Siente calor y tedio, la domina una irritación tal, que está a punto de romper en sollozos, aunque tampoco podría decir la causa. En el pecho se le ha hecho un nudo que le sube hasta la garganta... Detrás, a unos pasos de la boticaria, vuelto de cara a la pared, Chernomórdik ronca apaciblemente. Una pulga, ávida de sangre, le ha picado en el entrecejo, pero él no lo siente e incluso sonríe, puesto que está soñando que en la ciudad todos tosen y no cesan de acudir a comprarle gotas del rey de Dinamarca. Ahora no lo despertarían ni alfilerazos, ni cañonazos, ni caricias.

La farmacia se encuentra casi en un extremo de la ciudad, así que la boticaria

tiene ante ella el campo... Ve cómo, poco a poco, blanquea por el este el borde del cielo, cómo luego se va poniendo rojo, cual si hubiera un gran incendio. Inesperadamente, de detrás de unos lejanos arbustos, se asoma una luna grande, carirredonda. Está roja (por lo general, cuando la luna sale de detrás de unos matorrales, no sabemos por qué, parece terriblemente turbada).

De pronto, entre el silencio de la noche, resuena un ruido de pasos y espuelas. Se oyen unas voces.

«Son oficiales que estaban en casa del comisario de policía y vuelven al campamento», piensa la boticaria.

Poco después aparecen dos figuras con blancas guerreras de oficial: una es alta y gruesa, la otra algo más baja y delgada...

Perezosamente, un paso tras otro, caminan a lo largo de la valla y conversan en voz alta. Al llegar a la altura de la farmacia, su marcha se hace aún más lenta y miran a las ventanas.

Huele a farmacia... -dice el delgado-

¡Efectivamente, ahí está! Ahora lo recuerdo...

La semana pasada estuve aquí para comprar aceite de ricino. El boticario es un hombre bilioso y con una mandíbula de asno. ¡Qué quijada, amigo! Como la que Sansón empleó contra los filisteos.

Ya... - sigue el gordo con una voz de sochantre. ¡Duerme la farmacopea! También duerme la boticaria. Es muy bonita, ¿sabe, Obtésov?

La vi entonces. Me agradó mucho... Diga, doctor: ¿será capaz de amar a ese hombre de quijada de burro?

No lo creo - suspira el doctor, como si sintiera lástima del boticario-. Ella estará durmiendo. ¿Se la imagina, Obtésov?

Extenuada por el calor... con la boquita entreabierta... y con una pierna colgando fuera de la cama. El estúpido del boticario seguramente no sabe lo que tiene en casa.

Para él, será lo mismo esta mujer que la bombona del ácido fénico. -¿Sabe, doctor?

Entremos a comprar cualquier cosa. -¡Bonita ocurrencia! ¡En plena noche!

¿Qué tiene de particular? Están obligados a despachar a toda hora. Vamos, querido.

Si se empeña...

La boticaria, oculta tras los visillos,
escucha el afónico campanilleo. Mira a su
marido, que sigue roncando con la placidez
de antes, y sonrío. Se echa encima una bata,
se pone las zapatillas y sale a la farmacia.
Tras el cristal de la puerta se divisan dos
sombras... La boticaria sube la mecha del
quinqué para dar más luz y se acerca a abrir.
Ya no siente tedio ni irritación; no tiene
ganas de llorar, aunque, eso sí, el corazón le
late con violencia. Entran el gordo doctor y el
delgado Obtésov. Ahora es posible
contemplarlos. El doctor, de abultado vientre,
es moreno, usa barba y sus movimientos son
torpes. A cada paso su guerrera parece que
va a reventar, y el sudor brilla en su rostro.
El otro es sonrosado, imberbe, de facciones
femeninas y flexible como tina fusta inglesa. -
¿Qué desean? -pregunta la boticaria, con la
mano en el pecho para sujetarse la bata.
Deme... quince kópeks de pastillas de
menta.

La boticaria, sin prisa, toma de la
estantería un bote y se dispone a pesar. Los
militares, sin parpadear, miran su espalda. El
doctor arruga los párpados como un gato con
la tripa llena y el teniente está muy serio.
Es la primera vez que veo a una señora
despachando en una farmacia -dice el doctor.
No tiene nada de particular... - replica la
boticaria, mirando con el rabillo del ojo el
sonrosado rostro de Obtésov-. Mi marido no
tiene mancebo y yo le ayudo.

Ya... ¡Es muy agradable su farmacia!
¡Cuántos botes y tarros! ¡Y no tiene miedo de
andar entre venenos! ¡Brrr!

La boticaria hace el paquetito y lo entrega
al doctor. Obtéso y le da los quince kópeks.
Transcurren unos instantes de silencio... Los
hombres se miran, dan un paso hacia la
puerta, vuelven a mirarse.

Deme diez kópeks de bicarbonato - dice el
doctor.

Con pereza y desgana, como antes, la
boticaria se vuelve hacia los estantes. -
¿Tiene usted algo... - balbucea Obtésov,
moviendo los dedos -, algo alegórico, un
líquido tonificante, agua de Seltz? ¿Tiene
agua de Seltz?

Sí.

¡Bravo! ¡Usted no es una mujer, sino un hada!

Pónganos tres botellas.

La boticaria envuelve de prisa el bicarbonato y desaparece en la oscuridad de la rebotica. - ¡Es un encanto! -dice el doctor, guiñando el ojo- Una fruta tan apetitosa, Obtésov, no la encontraría ni en la isla de Madera. ¿No le parece? Pero ¿oye esos ronquidos? El señor boticario descansa.

Al cabo de un minuto la boticaria vuelve y coloca sobre el mostrador cinco botellas. Ha estado en el sótano y por eso se la ve con las mejillas encendidas y un tanto agitadas.

Sss... no haga ruido - dice Obtésov cuando ella, después de abrir las botellas, deja caer el sacacorchos -. Va a despertar a su marido. -¿Y qué importa?

Tiene un sueño tan dulce... Está soñando con usted... ¡A su salud!

Además - añade el doctor, eructando después del agua de Seltz -, los maridos son algo tan aburridos, que deberían dormir a todas horas. Si pudiera darnos un poco de vino tinto... -¡Qué cosas tiene! -se ríe la boticaria. -¡Resultaría magnífico! Lástima que en las farmacias no vendan bebidas espirituosas. Por lo de más... ustedes deben despachar vino como medicina. ¿Tienen vinum gallicum rubrum?

Sí.

Perfecto. ¡Venga! ¡Tráigalo, diablos! -
¿Cuánto quiere?

Quantum satis!... Primero denos una onza en agua a cada uno; después veremos... ¿No le parece, Obtésov? Primero con agua y después per se...

El doctor y Obtésov se acomodan junto al mostrador, se quitan las gorras y toman unos sorbos de vino.

Hay que reconocer que es detestable.

Vinum plochissimum. Aunque en su presencia... parece néctar. Es usted encantadora, señora. Mentalmente, le beso la mano.

Pues yo daría mucho por hacerlo no mentalmente - añade Obtésov -. Palabra de honor. ¡Daría la vida!

Dejemos eso... - dice la señora de Chernomórdik, toda encendida y poniéndose

sería. -¡Qué coqueta es usted! -ríe el doctor suavemente, mirándola de reojo con cara de pillo- Sus ojos disparan como un fusil. ¡Pif,paf! La felicitó: ¡ha vencido!, ¡hemos sido derrotados!

La boticaria mira sus caras coloreadas, escucha su charla y no tarda en animarse ella misma. ¡Es esto tan divertido! Interviene en la conversación, se ríe y, después de instarle mucho, se toma un par de onzas de vino. Ustedes, los oficiales, deberían frecuentar más la ciudad -dice-, porque nos mata el aburrimiento.

Yo, es que me muero. -¡ Claro que sí! -se horroriza el doctor-. Un portento de mujer como usted y en un lugar tan perdido... Pero debemos retirarnos. Celebro mucho haberla conocido. ¿Cuánto le debemos?

La boticaria se queda mirando el techo y durante largo rato mueve los labios.

- Doce rublos y cuarenta kópeks - dice.

Obtéssov saca del bolsillo un grueso billetero, busca en él y paga.

Su marido duerme tranquilamente... tiene sueños agradables... - balbucea, estrechando la mano de la boticaria.

No me agrada escuchar tonterías... -¿Acaso esto es una tontería? Todo lo contrario...

Hasta Shakespeare dijo: «Bienaventurado el que en su juventud fue joven.» -¡Suélteme la mano!

Finalmente, los militares, después de larga despedida, besan la mano de la boticaria e indecisos, como pensando si habían olvidado algo, salen de la farmacia.

Ella corre al dormitorio y se sienta junto a la ventana de antes. Ve al doctor y al teniente que, al salir de la farmacia, se alejan sin gana una veintena de pasos, se detienen y empiezan a hablar en voz baja. ¿De qué? El corazón de la boticaria late con violencia; también siente los latidos en las sienas, aunque no sabría decir la causa... Le late el corazón como si aquellos dos hombres que se han parado susurrando fueran a decidir su suerte.

Pasados cinco minutos el doctor se aleja definitivamente y Obtéssov da la vuelta. Pasa a lo largo de la farmacia una vez, otra... Se detiene junto a la puerta, camina de nuevo...

Por fin hace sonar suavemente la campanilla.
-¿Qué pasa? ¿Quién va? -oye la boticaria en la voz de su marido-. ¡Están llamando y no oyes nada! -añade enfadado el boticario-. ¡Es un escándalo!

Se levanta, se pone el batín y, tambaleándose, medio dormido, arrastrando las zapatillas, va a la farmacia. -¿Qué desea? - pregunta a Obtésov.

Deme... deme quince kópeks de pastillas de menta.

Resoplando sin cesar, bostezando, durmiéndose a cada paso y dando con las rodillas contra el mostrador, el boticario busca el bote...

Dos minutos después la boticaria ve que Obtésov, unos pasos más allá de la farmacia, tira las pastillas de menta al polvo del camino. De la esquina sale el doctor y va a su encuentro... Se juntan y, gesticulando mucho, desaparecen en la neblina de la mañana. -

¡Qué desdichada soy! -dice la boticaria, mirando rabiosa a su marido, que se despoja rápidamente del batín para volver a la cama- ¡Qué desdichada! - repite, y de pronto rompe en amargo llanto-. Y nadie, nadie sabe...

He olvidado los quince kópeks en el mostrador -gruñe el boticario, tapándose con la sábana -. Haz el favor de guardarlos en la caja.

Y al instante se queda dormido.

FIN

La Tristeza

La capital aparece envuelta en el crepúsculo vespertino. La nieve cae en gruesos copos, revolotea perezosamente junto a los faroles encendidos, se extiende, en fina capa, sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombres, sobre los gorros.

El cochero Yona está todo blanco, como un fantasma. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado hasta donde puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil.

Diríase que toda la nieve que le cayese encima no lo sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil.

Su inmovilidad, las formas angulosas de su cuerpo, la tiesura de palo de sus patas, le

hacen presentar el aspecto, aun mirado de cerca, de un caballo de dulce de los que se les compran a los chiquillos por una moneda. Hállase sumido en sus reflexiones: un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados a una infernal ciudad, como Yona y su caballo, están siempre cavilando tristes pensamientos. Es muy grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la vida agitada, toda ruido y angustia, de las ciudades deslumbrantes. Hace largo tiempo que Yona y su caballo están inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar, pero Yona no ha ganado nada. Las sombras se van espesando. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido se acrecienta.

-¿Oyes? ¡A Viborgskaya! ¿Estás dormido? Yona le da un latigazo al caballo, que se sacude la nieve del lomo. El militar se asienta en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello como un cisne y alza el látigo. El caballo también estira el cuello, levanta las patas y, sin prisa, se pone en marcha.

-¡Ten cuidado! -grita otro cochero invisible, con cólera-. ¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡A la derecha!

-¡Vaya un cochero! -se enoja el militar- ¡Lleva la derecha!

Siguen oyéndose los juramentos del cochero invisible. Un transeúnte que tropieza con el caballo de Yona lanza una amenaza. Yona, confuso, avergonzado, descarga algunos latigazos sobre el lomo del caballo. Parece aturdido, atontado, y mira a su alrededor como si acabara de despertarse de un sueño profundo.

-¡Se diría que todo el mundo ha organizado una conspiración contra ti!

-dice irónicamente el militar-. Todos tratan de fastidiarte, meterse entre las patas de tu caballo. ¡Una verdadera conspiración!

Yona vuelve la cabeza y abre la boca. Sin dudas quiere decir algo; pero no puede pronunciar una palabra.

El pasajero advierte sus esfuerzos y pregunta:

-¿Qué hay?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz ahogada:

-Ya ve usted, señor... He perdido a mi hijo... Murió la semana pasada...
-¿De veras?... ¿Y de qué murió?
-No lo sé... De una de tantas enfermedades...
Ha estado tres meses en el hospital y al final... Dios lo ha querido.
-¡A la derecha! -óyese de nuevo gritar en la oscuridad-. ¡Parece que estás ciego, imbecil!
-¡A ver! -dice el militar-. Ve un poco más rápido. A este paso no llegaremos nunca. ¡Dale algún latigazo al caballo!
Yona estira de nuevo el cuello, como un cisne, se levanta un poco y, de un modo torpe, pesado, agita el látigo.
Se vuelve repetidas veces hacia su pasajero, deseoso de seguir la conversación; pero el otro ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharlo.
Por fin, llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada; el cliente se baja. Yona vuelve a quedarse solo con su caballo. Se estaciona ante una taberna y espera, sentado en el pescante, encorvado, inmóvil. De nuevo la nieve cubre su cuerpo y envuelve en un blanco cendal caballo y trineo.
Una hora, dos... ¡Nadie! ¡Ni un cliente!
Pero de pronto Yona se estremece; ve detenerse ante él a tres jóvenes. Dos son altos, delgados; el tercero, bajo y jorobado.
-¡Cochero, llévanos al puesto de policía!
¡Veinte copecas por los tres!
Yona toma las riendas, se endereza. Veinte copecas es demasiado poco; pero, no obstante, acepta; lo que a él le importa es tener clientes.
Los tres jóvenes, tropezando e insultando, se acercan al trineo. Como sólo hay dos asientos, discuten largamente cuál de los tres ha de ir de pie. Por fin se decide que vaya de pie el jorobado.
-¡Bueno; en marcha! -le grita el jorobado a Yona, colocándose a su espalda-. ¡Qué gorro llevas, muchacho! Apuesto cualquier cosa a que en toda la capital no se puede encontrar un gorro más feo...
-¡El señor está de buen humor! -dice Yona con risa forzada-. Mi gorro...
-¡Bueno, bueno! Apura un poco a tu

caballo. A este paso no llegaremos nunca. Si no andas más rápido te administraré unos cuantos sopapos.

-Me duele la cabeza -dice uno de los jóvenes-. Ayer, yo y Vaska nos bebimos en casa de Dukmasov cuatro botellas de coñac.
-¡Eso no es verdad! -responde el otro-. Eres un mentiroso, amigo, y sabes que nadie te cree.

-¡Palabra de honor!

-¡Oh, tu honor! No daría yo por él ni un céntimo.

Yona, deseoso de entablar conversación, vuelve la cabeza, y, enseñando los dientes, ríe atipladamente.

-¡Ji, ji, ji!... ¡Qué buen humor!

-¡Vamos, viejo! -grita enojado el jorobado-. ¿Quieres ir más aprisa o no? Dale firme al holgazán de tu caballo. ¡Qué demonios!

Yona agita su látigo, agita las manos, se estremece todo su cuerpo. A pesar de todo, está contento; no está solo. Le riñen, le injurian; pero, al menos, oye voces humanas. Los jóvenes gritan, insultan, hablan de mujeres. En un momento que se le antoja oportuno, Yona se vuelve de nuevo hacia los clientes y dice:

-Y yo, señores acabo de perder a mi hijo. Murió la semana pasada...

-¡Todos nos tenemos que morir! -contesta el jorobado-. ¿Pero quieres ir más aprisa? ¡Esto es insoportable! Prefiero ir a pie.

-Si quieres que vaya más rápido dale una cachetada -le aconseja uno de sus compañeros.

-¿Oyes, viejo espantapájaros? -grita el jorobado-. Te la vas a ganar si esto continúa. Y, hablando así, le da un puñetazo en la espalda.

-¡Ji, ji, ji! -ríe, sin gana, Yona-. ¡Dios les conserve el buen humor, señores!

-Cochero, ¿eres casado? -pregunta uno de los clientes.

-¿Yo? ¡Ji, ji, ji! ¡Qué señores más alegres! No, no tengo a nadie... Sólo me espera la sepultura... Mi hijo ha muerto; pero a mí la muerte ni me quiere. Se ha equivocado, y en lugar de cargar conmigo ha cargado con mi hijo.

Y vuelve de nuevo la cabeza para contar

cómo ha muerto su hijo; pero en este momento, el jorobado lanzando un suspiro de satisfacción, exclama:

-¡Por fin hemos llegado!

Yona recibe las veinte copecas convenidas y los clientes se apean. Los sigue con los ojos hasta que desaparecen detrás de un portón. Vuelve a quedarse solo con su caballo. La tristeza invade de nuevo, más dura, más cruel, su cansado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeúntes, alguien que quiera escucharle. Pero la gente tiene prisa y pasa sin verlo.

Su tristeza es más intensa a cada instante. Enorme, infinita. Si pudiera salir de su pecho inundaría el mundo entero.

Yona ve un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de hablar con él.

-¿Qué hora es? -le pregunta, delicadamente.

-Van a dar las diez -contesta el otro-.

Aléjese un poco; no debe usted estar delante de la puerta.

Yona avanza un poco, se encorva de nuevo y se hunde en sus tristes pensamientos. Se ha convencido de que es inútil dirigirse a las personas.

Pasa otra hora. Se siente muy mal y decide retirarse. Se yergue, agita el látigo.

-No puedo más -murmura-. Hay que ir a acostarse.

El caballo, como si hubiera comprendido las palabras de su viejo amo, emprende un presuroso trote.

Una hora después Yona está en casa, es decir, en una vasta y sucia habitación, donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada, irrespirable. Se oyen ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, no ha ganado casi nada.

Quizá por eso, se siente tan triste y desdichado.

En un rincón, un joven cochero se incorpora.

Se rasca el pecho y la cabeza y busca algo con la mirada.

-¿Quieres beber? -le pregunta Yona.

-Sí.

-Aquí tienes agua... He perdido a mi hijo...

¿Lo sabías?... La semana pasada, en el

hospital... ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El cochero no le ha prestado atención, se ha vuelto a acostar, se ha tapado la cabeza con el cobertor y momentos después se lo oye roncar.

Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcurrido una semana desde la muerte de su hijo; pero no ha tenido aún ocasión de hablar de ella con una persona de corazón. Quisiera hablar de ella largamente, contarla con todos sus detalles. Necesita decir cómo enfermó su hijo, lo que ha padecido, las palabras que ha pronunciado al morir. Quisiera también referir cómo ha sido el entierro... Su difunto hijo ha dejado en la aldea una niña, de la que también quisiera hablar. ¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría él por encontrar alguien que se prestase a escucharlo, moviendo compasivamente la cabeza, suspirando, compadeciéndolo! Lo mejor sería contárselo todo a cualquier campesina; a estas mujeres, aunque sean tontas, les gusta eso, y basta decirles dos palabras para que viertan torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo. Se viste y sale a la cuadra. El caballo, inmóvil, come heno.

-¿Cómes? -le dice Yona, dándole palmadillas en el lomo-. ¿Qué se le va a hacer, muchacho? Como no hemos ganado pata comprar avena hay que conformarse con heno... Soy ya demasiado viejo para ganar mucho... A decir verdad, yo no debía ya trabajar; mi hijo me hubiera reemplazado. Era un verdadero, un espléndido cochero; conocía el oficio como pocos.

Desgraciadamente, ha muerto...

Tras una corta pausa, Yona continúa.

-Sí, amigo..., ha muerto... ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera... Naturalmente, sufrirías, ¿verdad?...

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y resopla un aliento húmedo y cálido.

Yona, escuchado al fin por un ser viviente, desahoga su corazón y, poco a poco, le va contando todo.

FIN

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

